MANUEL BENAVENTE

Estampas Pueblerinas



EDITADO POR LA COMISION MUNICIPAL DE CULTURA DE LAVALLEJA

1944

MANUEL BENAVENTE

Estampas Pueblerinas

Editado por la Comisión Municipal
de Cultura de Lavalleja

1944

Señor lector:

Con la edición de este libro-obra de uno de los más estimados escritores de nuestro solar -la Comisión Municipal de Cultura de Lavalleja inaugura un nuevo aspecto de su múltiple función.

Léalo Vd. y hágalo conocer y será un colaborador más en nuestra misión elevada.-

LIBROS PUBLICADOS POR EL AUTOR

VERSOS

EL JARDIN DE LA VIDA

ROSAS DE BOHEMIA

MOTIVOS PUEBLERINOS

EN LA RED DEL SILENCIO

VEINTE POEMAS DE PAYSANDU

PROSA

LETRAS DE ESPAÑA

EL SUEÑO DE MI NIÑEZ

ELLA

Perfil de Manuel Benavente

POETA, escritor, profesor; en estos tres aspectos de su brillante personalidad se destacó siempre Manuel Benavente. Como poeta, tiene inspiración; como escritor, su prosa es clara y armoniosa; como profesor, es de los que ponen el alma y el corazón, es de los que trasmiten y logran interesar y consiguen bellos resultados en la siembra espiritual. Como hombre, es Manuel Benavente de una gran bondad. Es, además, modesto; es generoso de pensamiento y la obra traduce todo eso. La obra, que es toda ella serena y hermosa, nos va diciendo a cada instante de la transparencia del espíritu y del sentimiento del hombre, nos va poniendo frente a sus luchas, a sus dudas, a su esfuerzo continuado, al sacrificio por mantener siempre su sinceridad, frente a los choques de la vida, aun a los más recios, a los que hacen perder a muchos el equilibrio y la firmeza. Desde niño ha tenido que luchar en la vida. De frente y con valor. Vió cerca la miseria y la afrontó sin vacilaciones. El nos lo cuenta en ese libro precioso que titula "El Sueño de mi Niñez". "Nací en la ciudad de Minas, dice el libro. Crecí en una pobreza que linda con la miseria". Y después de estas palabras, él nos va diciendo de las cosas de su hogar, de la estrechez de su casa, de la bondad de sus padres, de la escuela que frecuentó y de sus largas correrías por las calles minuanas. Toda su vida. Y todo eso descripto con una gran sencillez, con una gran belleza y con mucha nostalgia. Ya hemos dicho alguna vez que lo conocimos siendo muy joven. Era en los años mozos en que el poeta iniciaba su marcha en ese camino siempre torturado de las letras, tan lleno de incidencias, tan lleno de esperanzas y de afanes, de sorpresas y no pocas decepciones. Tenía, como ahora, esa misma

sencillez. Ese mismo suave, persuasivo acento en su palabra, la misma voluntad y esa fe inquebrantable que lo anima. Y sus versos tenían, como tienen, un gran sentimiento. Los versos y la prosa.

El corazón de Benavente tiene su desahogo en los versos. Y el corazón de Benavente fué siempre bueno. Desde aquel día que le conocimos, van ya corridos muchos años, que han encanecido su cabeza y la nuestra, pero la amistad ha quedado prendida en lo íntimo. Las cosas de la vida nos fueron apartando poco a poco, y le perdimos de vista por un tiempo. El se marchó de Montevideo, y un día supimos que estaba en una ciudad del interior, donde era periodista y era profesor en un Liceo de Enseñanza Secundaria. De tiempo en tiempo, nos llegaban de allá, donde él alternaba su labor de enseñante con la de periodista, un poema, un cuento o un libro. Y en todo veíamos nosotros cómo el espíritu se iba purificando y cómo la mirada abarcaba las lejanías en el panorama y cómo se afirmaba su personalidad. Poesía o prosa, o simple nota periodística, el fondo, la forma y el pensamiento se aclaraban. La línea, la luz, el colorido, la armonía, en todo, más dominio y más profundidad en el concepto. El contenido más denso. Ahora, Benavente ha logrado afirmar su arte y su prestigio, con su último libro —especie de autobiografía —que lo consagra como un prosista de valores indiscutidos. Prosa de poeta, porque el poeta sale a cada paso a decirnos que está presente su canto y su emoción, sale entre las líneas de la prosa de "El Sueño de mi Niñez" y pone en ellas las armonías que lleva su alma, pone la luz de su espíritu y su bondad.

Poeta, escritor, profesor, Manuel Benavente es un literato que despierta interés y despierta simpatías; porque hay en él calidad, hay valores, hay la actitud y hay la bondad, y tiene su vida una irresistible atracción. Vida como poema. Hay la voluntad, hay la firmeza, hay el empeño, hay **ese castigarse con rigor** de que habla Leonardo, que él hace de su vivir, en el afán constante de ir elevando su pensamiento.

Orestes Baroffio.

Estampas Pueblerinas

Montoncito de Casas . . .

(A manera de prólogo).

MONTONCITO de casas —grises, verdes, blancas, rosadas,— donde la vida teje y desteje perezosamente la tela de los sueños, donde se mezclan recuerdos del abuelo español y el padre gaucho...

Montoncito de casas que se desgrana al pie de los cerros, es nuestro pueblo. Así lo vemos aún a través del cristal encantado de la evocación.

Calles abiertas sobre el lomo arisco de las cuchillas, o que descienden violentamente a la mansedumbre del valle... Calles de los suburbios, bordeadas de ranchos, arrugadas de zanjas, sembradas de piedras... Orgullosas calles del centro, donde el adoquín pone una nota nueva y ruidosa.

Montoncito de casas es nuestro pueblo. Lo rodean los cerros, tomados de las manos para no dejarlo escapar. Los cerros, que se azulan de lejanías, se doran de sol y se encresponan de noche... Los cerros, murallas de piedra donde se estrella nuestra ansiedad de horizontes...

Montoncito de casas es nuestro pueblo. Le besa los pies un arroyito estremecido de piedad cristiana, un arroyito con nombre de santo, a cuyas márgenes crecen árboles que el viento hace músicos... Un arroyito con el cual vienen a abrazarse las parlanchinas cañadas de las sierras.

Montoncito de casas es nuestro pueblo.

Tiene aún olor a campo, a ese campo de líneas caprichosas, de inverosímiles matices, que lo vió nacer y lo mira hacerse grande, y le dió su dulzura y su aspereza.

Montoncito de casas es nuestro pueblo. Este pueblo diáfano que nos forjó a su imagen y semejanza, que nos hizo duros y tiernos, reconcentrados, lentos y melancólicos...

Este pueblo ingenuo cuya imagen nos llega a través de los años, que sólo vive, tal vez, en nuestro recuerdo y que nos abrió en el alma la divina herida del canto de la cual mana la sangre generosa de su poesía.

Este pueblo borracho de sol, lánguido de crepúsculos y maduro de silencios de estrellas...

Un día lo dejamos. Nos fuímos lejos, en busca del tesoro que mienten los sueños. Pero no pudimos confundirnos nunca con las gentes de otras tierras. Algo distinto había en la trémula luz de nuestros ojos, en el hondo clamor de nuestras pasiones y en la fresca corriente de nuestros sentimientos.

¡Lo que tú nos diste, montoncito de casas! ¡Lo que nos disteis vosotros, cerros azules, árboles músicos, arroyito parlero, campos olorosos, cielo límpido de nuestro pueblo!

Y así vives, pueblo ingenuo, en nosotros, como nosotros vivimos en tí.

Nuestro Pueblo

ES chico el pueblo para nuestra incipiente y ambiciosa juventud. Hay quienes gustan el encanto adormecedor de su monotonía. Son gentes sencillas y puras que tardaremos en comprender, que, tal vez, no comprenderemos nunca.

Estamos cansados de poner los pies en las mismas calles, apenas animadas por el ir y venir de escasos transeuntes, el ruido de algunos vehículos y el grito, destemplado y triste, de los vendedores ambulantes.

Nos fastidia tener que saludar todos los días a las mismas personas: don Andrés, don Tomás, don José, don Arturo, don Marcelino... Doña Rosa, doña Juana, doña Consuelo... Teresa, María, Francisca, la Porota... Antonio, Roberto, Enrique...

Nos abruman los mismos o parecidos temas: la salud, la familia, el tiempo, el trabajo, el próximo baile, la última puñalada...

Está lejos de nosotros el ingenuo placer de las veladas familiares. Ni el amor, que nos abre sus brazos fragantes de esperanzas, ni las aventuras nocturnas, abismo al que se ha asomado nuestra curiosidad, logran retenernos.

Creemos ver en todo una chatura que aplasta, una vulgaridad que lastima.

Nos liberta un poco de la garra gris de esta existencia, la reunión con escasos amigos de gustos análogos a los nuestros. Con ellos vivimos en un atmósfera de ensueño que nos es grata. Con ellos luchamos por inyectar sangre nueva en las venas de este pueblo anémico, por contagiarle nuestra inquietud, por abrir su corazón a todas las palpitaciones de la vida.

Noche y día, sin descanso, golpeamos en la dura muralla de su indiferencia, de su quietud, de su rutina.

Pero nos cansamos al fin y empezamos a dispersarnos.

Los que se van dejan un hueco en el alma de los que se quedan. Y un inmenso deseo de irse también, de pisar los vastos caminos del mundo.

Ese deseo lo cumplimos casi todos.

* * *

El asombro que produce la gran ciudad, pasa pronto. Nos deja el rasguño de un desengaño. Hay que cumplir, sin embargo, el mandato imperioso del destino.

Acaso no podremos contar jamás estos primeros pasos vacilantes, estas dudas, este ir sin saber a dónde, esta esperanza que no sabe qué espera...

El pueblo casi se nos borra de la memoria. Fuera de los seres queridos que allá dejamos, apenas si vemos, entre brumas de ensueño, los cerros eternamente inmóviles, el viejo molino que pudo ser cuna de leyendas, la evocación colonial de las torres de la iglesia, una reja donde deshojamos la cándida rosa de nuestra primera ilusión juvenil, el blanco cementerio que nos inspiró tantos versos melancólicos, retazos de paisajes ásperos o suaves...

¿Nada más? Sí. Un arroyito que conoce los más íntimos secretos de nuestra infancia; el humilde arroyo serrano en cuyas aguas nos miramos tantas veces.

¡Qué lejos y qué cerca está todo eso de nosotros!

Si quisiéramos...

Pero no queremos.

* * *

Pasan los años. El viento del destino nos lleva lejos...

El pueblo nos parece un recuerdo más que vive unido a los muchos que hemos ido recogiendo a nuestro paso. Un paisaje virgiliano al que volvemos los ojos en los momentos de tregua de la acción.

La fuerza que nos impulsa barre pronto la muelle dulzura de las evocaciones.

Otros cielos. Otros climas. Otras gentes.

En el ardor del combate, olvidamos el nombre de muchos amigos. No recordamos ya el color de los ojos que nos hicieron la primera promesa de amor. Perdemos la copia de los versos iniciales, que guardábamos como una reliquia. Al mirarnos al espejo, vemos en nuestro rostro una arruga y en nuestro cabello una cana...

¡Qué cambio en nosotros!

¿Cómo podría reconocernos aquel pueblo triste, áspero de cerros y suave de valles profundos, que nos vió partir un día con el orgullo de la fe a flor de alma?

¿Qué relación puede haber entre este rostro fatigado de ahora y el que copiaron las aguas de aquel músico arroyito serrano que, de puro tímido, se va escondiendo entre los árboles?

¿Por qué esta emoción mojada en lágrimas, al pensar en todo aquello que un día dejamos con tanto placer?

* * *

La calma de la madurez hace la luz en nuestra conciencia.

Nunca nos fuimos del todo del pueblo. Ni él se fué de nosotros.

En cada gesto, en cada palabra, ponemos algo suyo. Nuestra taciturnidad es herencia de sus cerros. Estos arranques de violencia seguidos de momentos de suave ternura, son el reflejo fiel de sus paisajes caprichosos. La música de su arroyito serrano nos dió humildad y sencillez. Esta desnuda sinceridad nuestra está en su cielo, su sol y su campo...

Escondido en un rincón de nuestro espíritu, el pueblo nos esperaba siempre.

Y ahora surge, tal como lo dejamos, con su pobreza, su quietud, su intimidad, su silencio.

Nos vemos niños, corriendo por sus calles desparejas; cantando, riendo, llorando, o sintiendo en nuestra frente el noble rocío del trabajo.

Nos vemos jóvenes, encendidos en todas las rebeldías, con el dulzor de los primeros poemas en los labios...

Viene a nosotros la emoción de la partida, con sus abrazos, sus besos y sus lágrimas.

Un gran deseo de volver, de estar allá otra vez, aunque sea por pocas horas, empieza a torturarnos.

Hacemos un viaje sin palabras. Los recuerdos hablan por nosotros.

Los cerros nativos, encerrados en un silencio de piedra, son los primeros en saludarnos.

Un rato después, alcanzamos a divisar las viejas torres de la iglesia, y luego, la mancha multicolor del caserío.

Caemos, al llegar, en brazos familiares temblorosos de cariño. No dejamos de notar la ausencia de muchos seres que nos vieron partir y la huella profunda que la vida ha marcado en los que aún viven.

La casa no es la misma. Faltan muchos objetos que vivían en nuestros sueños; otros, viejos y sin color, resisten todavía lo que los clásicos llamaban "las injurias del tiempo".

Los pocos amigos que vemos son apenas la sombra de lo que fueron. También los mordió la vida.

Lorenzo, el buen Lorenzo, ha perdido la gracia y el arrojo de su juventud. Es ahora un burgués cargado de familia, que goza de la tranquilidad económica obtenida en largos y penosos años de trabajo. Pretende que sus hijos participen de la alegría que experimenta al vernos. Los muchachos nos miran sin curiosidad. Nuestro nombre, los hechos que el padre recuerda, no les dicen nada. Adivinamos que, cuando mucho, contarán esta noche a sus compañeros: "¿Saben? Hoy estuvo en casa un amigo del viejo; dicen que escribe y es hijo de este pueblo". Y entre todos, tal vez haya alguno que agregue, al oírnos nombrar: "Mamá lo recuerda siempre. Creo que fué novia suya cuando ambos eran muy jóvenes".

Lolita, la grácil y espiritual Lolita, es toda una voluminosa señora con dos hijas casadas y muy próxima a ser abuela. No la conmueve ya nuestra presencia.

Yaya, la dulce Yaya, en cuyo honor tejimos tantos madrigales que en vano pretendemos recordar, hizo un mal casamiento. Pobre, enferma, secas las fuentes de la ilusión, el suicidio le abrió las puertas del descanso.

Casi no reconocemos el pueblo. Los años, al revés de lo que les ocurre a los hombres, lo han rejuvenecido. Le han dado fuerza y optimismo. Audacia y fe. Todo nos dice que esta ciudad, tanto tiempo dormida, despierta al fin y marcha con paso firme hacia el porvenir.

Pero nosotros —lo confesamos sin rubor— sentimos la honda nostalgia de aquel sueño, de aquella quietud contra la cual lanzábamos las flechas de nuestro entusiasmo matinal.

Es inútil que la razón nos grite: "¡Esto es el progreso, compañero inseparable de la cultura!"

No es esta pequeña ciudad moderna, elegante, de calles pobladas de ruídos, de comercios lujosos y altas ambiciones, la que vive y morirá con nosotros.

Es el pueblo triste y áspero que sólo encontramos en los cerros, en el viejo molino que todavía no ha entregado la guardia, en algunas calles de los suburbios olvidadas por el municipio y en los trozos del arroyito serrano que el arte de la ingeniería no ha podido desfigurar.

En todo ello está cantando su esperanza irrealizada la parte más pura de nuestra existencia.

* * *

Antes de regresar, pedimos a un amigo que salude en nuestro nombre a don Andrés, don Tomás, don José, don Arturo, don Marcelino... Doña Rosa, doña Juana, doña Consuelo... Teresa, María, Francisca, la Porota... Antonio, Roberto, Enrique...

—Estás loco, —nos dice.— Muchos de ellos han muerto. Otros, no viven aquí...

—No importa, —respondemos.— Saluda también a los muertos y a los ausentes. Todos te oirán, como los oímos nosotros.

Y el tren nos arranca bruscamente del pueblo.

Evocaciones

ENTERADO de mi llegada al pueblo, un muchacho viene a visitarme. Tiene veinte años. Es simpático y creo que también inteligente.

¿Qué idea tiene de mí este muchacho? Mucho me temo que se equivoque.

Con esa candorosa ilusión del principiante, me informa que va a dirigir un periódico. Literario, en primer término. Y de lucha. El órgano, en fin, que falta en la población. Hay mucho que destruir: falsos valores, injusticias sociales. Hay una enorme tarea que realizar: encender estrellas de arte, orientar el pensamiento y la acción de las masas.

—Me parece muy bien,— le digo.

—¿Vd. me ayudará?

—En todo lo que pueda. Es generosa su idea.

¿Hago bien o mal? No lo sé. Porque yo conozco ese sueño. Si este muchacho no renuncia a la mitad de lo que se ha propuesto, el periódico no podrá vivir más de uno o dos meses. Y si renuncia, no hará nada nuevo.

Sin embargo, la experiencia puede serle útil. Y luego, ¿por qué hemos de creer siempre que otros no podrán triunfar allí donde nosotros fracasamos?

* * *

Salimos a pasear por el pueblo. Por las mismas calles que conocieron mi confiada infancia y mi rebelde adolescencia.

Caminamos unos minutos en silencio. El primero en romperlo es mi joven acompañante.

—Su alma se llenará ahora de evocaciones, —me dice.

—No puedo ni quiero evitarlas.

—¿Recuerda las calles? Algunas han cambiado de nombre.

—No me interesan los nombres que puedan tener. Yo les doy otros.

—¿Cómo es eso?

—La calle del Ñato, la de la negra Juana, la de Venancio... Son las de mi infancia. Las de mi juventud tienen nombres menos prosaicos: Adela, la del abrigo azul; Cora, la de los grandes ojos; Angela, la de las trenzas negras...

—Es muy curioso que sólo recuerde, de su juventud, nombres de mujeres.

—Recuerdo también de hombres, pero no quise alargar la lista.

—Yo, aunque quisiera, no podría...

—Tampoco hubiera podido yo, a su edad. La voluptuosidad melancólica de recordar, la traen los años. No se recuerda por los demás, sino por uno mismo. Es el gusto... ¿cómo le diría a Vd...? de respirar otra vez la atmósfera de una época por la cual pasamos sin saber que pasábamos. Se goza y se sufre a un mismo tiempo. ¡Qué distintos nos vemos !¡Cómo hemos cambiado! Y nos asalta el deseo de comunicar todo eso, de no dejarlo morir en nosotros o con nosotros.

El muchacho no me dice nada. Está mirando a una joven rubia que se asoma a un balcón. No puede oírme ni comprenderme.

* * *

Seguimos andando.

—¿No es ésta la casa de la familia F.? —pregunto.

—Es la misma.

—¿Quién vive aquí?

—Los padres murieron. Los hijos andan dispersos. Aquí vive una de las hijas.

—¿Cuál de ellas?

—Déjeme pensar...

—¿Rubia o morocha?

—Morocha.

—Emilia, entonces.

—Sí, Emilia. Ahora recuerdo.

—¿Casada o soltera?

—Casada y con cinco hijos. ¿Ve aquél chiquilín que está jugando junto al portón? Es de los suyos.

Cierro los ojos y tengo otra vez ante mí la silueta fina y flexible de Emilia. Oigo su voz de pájaro y su risa de agua. Creo poder besar de nuevo sus largos rizos y oprimir aquellas manos suaves, dóciles a la caricia, que tantas veces puse sobre mi corazón.

Allí está la ventana de nuestro idilio. Sin una flor. Sin poesía. ¿Qué fué de tanta promesa, de tanto suspiro, de tanta dulce turbación?

¿Me reconocería Emilia, si me viera? Y yo, ¿podría reconocerla?

—¿Quiere saludarla? Soy amigo del esposo, —me dice el joven.

—Gracias. Temo sufrir una desilusión. Sigamos el paseo.

Al pasar junto al hijo de Emilia, lo miro con tal fijeza, que el chico, asustado sin duda, se aleja corriendo.

El niño no puede ver la ternura que hay en mis ojos. Ni sospechar lo que pienso:

—Pudo ser hijo mío.

* * *

Pasamos por la quieta Plaza Nueva, verdadero nido de recuerdos. Al este, veo la antigua casa de los Blanco. Al norte, la vivienda de Luisa, la que amaba "una sola vez, hasta la muerte". Más allá, el zaguán donde se degolló el niño idiota...

Tardes de ensueño y de lecturas, noches de amorosos silencios, satisfacción ingenua de las primeras "hombradas", serenatas, bailes, escenas que creía para siempre borradas surgen ante mí y por un momento me vuelven a un pasado cada vez más pasado...

—¿Quiere ir hasta el Paso del Estanco?

—Vamos. Hace muchos años que no lo veo.

—Lo va a encontrar cambiado.

Y vamos. Frente a la gracia pura y honda del paisaje, ambos quedamos sin palabras.

Regresamos por una calle empinada y llena de piedras. Me detengo ante una ruinosa casita que el tiempo está matando lentamente.

La puerta, de tablas mal unidas y sin pintura, está cerrada. A la ventana le faltan los vidrios y los postigos. El cerco está casi en el suelo. Un apretado ejército de yuyos rodea la casa. Se conoce que hace mucho que no la habita nadie.

—Aquí vivía Sara Palacios,— digo.

—No la conozco.

—Debe haber muerto.

Me acerco a mirar por la ventana. Un fuerte olor a humedad, a vejez, a olvido, me asalta. Pero no retrocedo.

El tabique que dividía la pieza está casi caído. La mancha roja del techo parece más pálida, y más honda la grieta de la pared que da al patio.

Intento ver de nuevo a Sara, vestida de blanco, con un clavel rojo en el pecho y una moña celeste en los cabellos. Mirándome con aquellos ojos tan chiquitos y tan vivos...

La imagino luego riéndose de mi cortedad, tendiéndome los brazos, ofreciéndome caramelos y tragos de menta...

En el rincón de la derecha estaba el sillón de mimbre y sentada en él, Aurorita, la muñeca. Sara la mimaba como si tuviera vida y le mandaba hacer un vestido todos los meses. No comprendía yo entonces lo que Aurorita significaba para ella: la ilusión del hijo que no tenía, que no tuvo nunca, tal vez.

Cerca de la ventana estaba el lavabo, que era al mismo tiempo el tocador de Sara. Más allá, el ropero y dos sillas, una de éstas casi siempre ocupada por el gato, que no cesaba de roncar.

Al fondo, luciendo su colcha azul y sus almohadas de impecable albura, la cama.

¡La cama! Recuerdo mi primera visita... Mi timidez... Mi torpeza... Las burlas de Sara... Después, la vergüenza, el asco... ¡qué sé yo!

—Todo está igual,— digo para mí.

—¿Cómo, igual? —observa mi acompañante.— Antes habría gente y muebles en la casa.

—Me refiero a...

El muchacho respeta mi confusión y no tengo necesidad de terminar la cláusula. Pero la curiosidad le hace preguntar a los pocos instantes.

—¿Tuvo Vd. algo que ver con esa Sara Palacios?

—Sí y no.
—No le entiendo.
—Le diré: era una...
—¡Ah! Nada que tenga relación con el sentimiento.
—Nada.
Miento como un miserable. Nunca quise a Sara, ni a ésta le interesó que la quisiera.
Pero hoy, al recordarla, Sara se confunde, limpia de toda impureza, con los sentimientos más hondos de mi juventud.

* * *

—¿Quiere ir al club esta noche?
—Perdóneme. Estoy muy cansado. Voy a acostarme temprano.
No le digo la verdad. Quiero quedarme solo para acariciar a gusto mis recuerdos.

Cuenca, Cuenquita . . .

NINGUNO de los muchachos de mi tiempo y de mi pueblo puede haber olvidado a Cuenca.

Era nuestra pesadilla. Apenas empezábamos a gustar las distracciones de la calle, Cuenca nos las echaba a perder. Su nombre nos hacía temblar.

Bien lo sabían nuestras madres. Por eso ninguna dejaba de decirle a su hijo, cuando tenía que mandarlo fuera de casa:

—No te entretengas; mira que ya te he recomendado a Cuenca.

Cuenca no necesitaba, en verdad, que se estimulara su celo. Difícilmente escapábamos a su tenaz vigilancia.

Se nos aparecía cuando menos lo esperábamos. Amenazador. Inflexible siempre.

¡Cuántas bolitas, trompos, pelotas y cometas dejamos en sus manos!

¡Cuántas veces nos corrió cuadras y cuadras y nos hizo entrar sudorosos y temblando en nuestra casa, a la cual llegaba después para protestar enérgicamente por nuestra conducta!

—Su hijo es un bandidito, señora. Lo he encontrado jugando en plena calle. Se me ha escapado, pero le alvierto que...

—Este muchacho sólo me da disgustos. Vaya tranquilo, Cuenca, que yo lo arreglaré.

—Pegue fuerte, pegue fuerte. Porque si el mal no se corta temprano...

—Pierda cuidado...

Cuenca se retiraba, fatigado y maldiciendo entre dientes.

Otras veces no lográbamos escapar. ¡Era de ver entonces su satisfacción! ¡Había que oír los adjetivos que nos prodigaba!

Nuestra impotencia y nuestro miedo se deshacían en llanto. Pero Cuenca no se dejaba ablandar:

—Llorá, sinvergüenza; llorá, bandido. Pior te va dir más tarde.

—Cuenca, Cuenquita, ¡suélteme!

—¡En eso estaba pensando! ¿Vos no sabés que yo estoy cumpliendo con mi deber?

* * *

Cuenca era alto, delgado, morocho, de bigote y cabello canosos.

Desde que tuve uso de razón, lo ví de guardia civil. Aun hoy, no puedo suponer que hubiera tenido nunca otra ocupación.

Evoco los días lejanos de mi infancia y lo veo surgir, desgarbado, con el cuerpo un poco inclinado hacia adelante y el machete golpeándole las piernas. Mis ojos, vueltos hacia adentro, ven su silueta paseándose por las calles del pueblo. Mis oídos oyen su voz de asmático. Poco falta para que mi brazo sienta otra vez la férrea presión de su mano.

El "deber" de Cuenca parecía reducirse a corregir las travesuras de los chicos. Los mayores no sólo no le tenían miedo, sino que parecían no reparar en él.

En mi memoria resucita ahora una fresca mañana del mes de mayo, preludio de invierno.

Al pasar por la plaza, un muchacho de mi edad (no recuerdo su nombre) me invitó a jugar al trompo. Acepté.

Como estábamos frente a la Jefatura, resolvimos ir dos cuadras más abajo, en dirección al arroyo.

Tenía yo una "breva" zumbadora y de buena púa. Además, me tenía fe.

Estábamos a punto de empezar, cuando apareció Cuenca. La sorpresa nos dejó paralizados.

—¡Dénse presos, perdularios!

—No hemos hecho nada, Cuenca.

—¿Cómo nada? ¿Y esos trompos? ¿No les tengo dicho que está prohibido jugar? Marchen.

Nos apretó un brazo a cada uno. Mi compañero forcejeaba por desasirse. Cuenca lo amenazó:

—Si no te quedás quieto, te voy a poner las esposas.

—Cuenca, Cuenquita...

—No me vengan con lágrimas de cocodrilo. Van a limpiar la caballeriza de la comisería. ¡Yo los curaré!

Perdida toda esperanza de salvación, empezamos a andar en dirección a la comisaría.

—Por la vereda, no —observó Cuenca.— Los presos tienen que ir por la calle.

Habíamos caminado unos cincuenta metros, cuando mi amigo se detuvo y le dijo:

—Deme permiso para atarme el cordón de los zapatos.

—Bueno, andá ligero.

El muchacho se inclinó como para hacer lo que había dicho, pero cuando se vió libre de la mano que lo sujetaba, echó a correr velozmente.

Cuenca quedó un momento indeciso, presa de la mayor indignación. No sabía qué hacer. Yo le grité:

—¡Córralo, que todavía puede alcanzarlo!

Cuenca, olvidado de mí, se lanzó en persecución del prófugo. Yo escapé con rumbo opuesto.

Varios días anduve esquivando un peligroso encuentro con el policía. No ignoraba que Cuenca no me perdonaría nunca aquella "jugada".

Efectivamente; una semana después me sorprendió mirando el escaparate de un comercio y me llevó preso "por malentretenido".

Hasta entonces le había tenido miedo. Desde ese momento, lo odié.

Cuando me pusieron en libertad, después de cinco horas terribles, tenía maduro mi plan de venganza.

Pero resolví postergar su realización hasta que yo también fuera hombre.

* * *

Y hombre, o casi hombre, lo volví a ver muchas veces. Cuenca, reducido a sus verdaderas proporciones, no me inspiraba ya temor ni odio. Ni siquiera me molestaba.

A veces me salía al paso pidiéndome un cigarrillo que, teniéndolo, nunca le negué.

Cierta vez se me ocurrió preguntarle:

—¿Se acuerda, Cuenca, de los sustos que me dió cuando yo era chico, de las veces que me llevó preso?

Cuenca sonrió. Evidentemente, aquel recuerdo lo halagaba.

—Puede ser...

—¿Sigue siendo el mismo?

—El deber, amigo, el deber...

—Le he oído decir eso muchas veces. ¿Qué entiende usted por su deber?

—Y... guardar el orden...

—¿Cree usted que un niño que juega, altera el orden? ¿Usted nunca fué niño, Cuenca?

—¡La pregunta!

—Parece que usted no hubiera tenido infancia. No sabe ser bueno. Llama bandidos y sinvergüenzas a los chicos que juegan.

—Porque juegan en la calle.

—En donde sea, Cuenca. Se hace Vd. odiar inútilmente.

—El deber...

—¡Qué deber, amigo! Su deber sería no entretenerse conmigo, ni fumar mientras está de turno.

Se quedó turbado, sin palabras.

Para corregir la aspereza de mis frases anteriores, le interrogué:

—¿No tiene usted hijos?

Cuenca chupó el cigarro, miró el reloj de la iglesia y se fué sin contestarme.

¿Toqué con mi última pregunta alguna llaga escondida en su alma?

No lo sé. Igonoro la vida íntima de Cuenca.

* * *

Cuenca estaba parado frente al mejor café del pueblo, la última vez que lo ví.

Los años parecían haberle suavizado la mirada. Cada vez se inclinaba más hacia adelante.

—Felices los chicos de ahora —pensaba yo.— Ya no correrá tanto como antes.

De pronto apareció un grupo de hombres en la puerta del café. Hablaban en voz alta. En medio de ellos se agitaba

Pepín, que quería, al parecer, agredir a alguien. Borracho, como estaba, Pepín era insolente y pendenciero.

Cuenca, aunque de mala gana, sintió el llamado del deber. Se aproximó al grupo y preguntó con voz que pretendía ser enérgica:

—¿Qué hay, qué pasa aquí?

Sólo Pepín se volvió a mirarlo y le lanzó uno de esos insultos que no se pueden reproducir en una página como ésta.

Al ver que Cuenca no reaccionaba, agregó:

—Vení, adulón, muñeco de trapo, orejero del comisario: prendeme. Decime bandido, como cuando era chico. Llevame a limpiar la comisaría. ¡Animate, marica!

Cuenca estaba inmóvil. Lívido. Mudo.

Por fin, algunos de los presentes lograron llevarse al ebrio.

Cuenca volvió a la calle y empezó a pasearse por ella con tal aire de derrota, de abatimiento, que me dió lástima. El machete, inútil, vencido también, le golpeaba las piernas.

* * *

Me fuí del pueblo. Pasaron los años. El recuerdo de Cuenca se durmió en el fondo de mi vida.

Un día, no sé por qué, despertó.

—¿Y Cuenca?— pregunté.

—Murió hace mucho tiempo— me respondieron.

¡Pobre Cuenca! En esta hora de evocación, su nombre me trae el humilde perfume de mi niñez, la gracia de mis juegos, la voluptuosidad de mis travesuras y la inocencia de mis primeras lágrimas.

Lo veo tan vivo esta noche, que vuelvo a sentirme niño y a decir, con voz entrecortada por los sollozos:

—Cuenca, Cuenquita...

Carnaval del Pueblo

CIERRO los ojos y vuelvo a ver un carnaval minuano de hace treinta años. El pueblo, vestido de fiesta, con llamativos atavíos de aldeano, parecía otro.

Las calles que circundan la Plaza Libertad, y ésta misma, amanecían alfombradas de serpentinas y papelitos que los pobres —eternos Lázaros a la puerta de los banquetes —recogían todas las mañanas para hacerse colchones.

A las diez de la mañana empezaban a dejarse ver y oír los disfrazados, seguidos por grupos de chiquillos que reían sus gracias, imitaban sus movimientos y repetían sus saludos.

La curiosidad del vecindario se asomaba a puertas y ventanas. De pronto se alargaba en el aire transparente el sueño azul, verde o rojo de una serpentina.

A la hora de la siesta, las comparsas de negros empezaban a sembrar el escándalo de sus ruidos por las calientes calles del pueblo.

Estas comparsas se distinguían por su disciplina, su agradable música y sus vistosos trajes. Había una con muchos años de existencia: "Los Pobres Esclavos de Africa".

¿Qué fuerza misteriosa hace que los negros manchen la alegría del carnaval con el recuerdo de las tristezas y sufrimentos de la esclavitud?

¿Será que —sutiles ironistas— esconden bajo el recuerdo una sátira?

"Los Pobres Esclavos de Africa" llevaban lindos trajes, numerosa orquesta y un estandarte de seda donde colgaban, como trofeos de guerra, los ramos de flores que les regalaban. Sobresalía, entre todas, la figura del Presidente, que

lucía una banda roja con letras de oro y ordenaba los movimientos valiéndose de un pito. A la vanguardia iba el "escobero", maravillando a todos con su agilidad y gracia. También el porta-estandarte sabía lucirse haciendo prodigios de equilibrio.

Entre las comparsas de negros del pueblo existían serias rivalidades que, a veces, reclamaban la intervención policial. En aquellos negros también había despertado el amor a la popularidad, la imperiosa y sensual atracción del éxito.

Chorreando sudor, pero fieles a su propósito, incansables, con un espíritu de sacrificio digno de la mejor causa, los negros presentaban su saludo a las principales familias, visitaban a las autoridades, eran infaltables en los corsos y recorrían de punta a punta la ciudad, cuyos doce mil habitantes los veían siempre orgullosos de su papel.

No era infundado ese orgullo. En todas partes eran recibidos con agrado. Se hacía un silencio religioso para oírlos:

Amito, aquí están los neglos
que le vienen a cantal;
¡por la vilgen y los santos,
no los vaya a castigal!

De este estilo eran sus cantos: humildad de esclavos que lamen la mano que los castiga. Eran malos versos, pero oídos, resultaban agradables. Además, era "poesía" carnavalesca, escrita, sin duda, por algún versificador departamental que se resignaría al saber que la comparsa había obtenido el primer premio... por el traje.

De noche, en derredor de la plaza principal, se realizaba el corso. En él se volcaban los habitantes de la ciudad y sus proximidades. También acudía mucha gente del campo, atraída por las luces y ruidos del carnaval.

La "buena sociedad" paseaba en coche por la calle, o miraba el desfile desde los balcones de las casas vecinas. Su alegría era contenida por el buen tono de personas que irían más tarde al baile del club, a divertirse con sus iguales.

El pueblo, en cambio, descubría sin prejuicios su alma profundamente ingenua. Aquella masa oscura que paseaba por la plaza, o miraba el corso desde la orilla de las aceras, que gritaba, reía y cantaba, no conservaba ni un recuerdo

de su triste vida de embrutecimiento y de trabajo. No pensaba en la fugacidad de su alegría y la eternidad de su dolor sin esperanza...

Una estudiantina formada por "jóvenes distinguidos", se llevaba tras sí los suspiros de las niñas de coches y balcones.

Abundaban las máscaras solas, entre las cuales se distinguía el barbero Prota, que, metido en un simulado ataúd, provocaba emocionantes comentarios.

Eran numerosos los que, disfrazados de gauchos, decían —con la peor entonación posible y robándoles algunas sílabas— versos de "Martín Fierro", del "Fausto" criollo, o de simples payadores anónimos. Llevaban puñal de palo a la cintura y arrastraban ruidosamente las espuelas.

No faltaban los pretendidos "tanos", con su sombrerito de alas arqueadas, sus bigotes caídos y su media lengua pintoresca; ni los "vascos" de gorra inclinada, camisa blanca, faja roja y habla llena de risibles aglutinaciones.

Los coches descubiertos lucían lindos ramilletes de muchachas en traje de fantasía.

Algún humilde carrito de verdulero, ligeramente adornado con ramas de sauce, se aventuraba por el corso.

En el centro de la plaza, junto al monumento al héroe que parecía querer sacar el sable para dispersar a la turba enloquecida, los músicos del pueblo se empeñaban en hacerse oír. Cerca de ellos bailaba un disfrazado de oso, escoltado por la franca admiración de una docena de chiquilines.

En la calle se jugaba mucho con serpentinas y flores. En la plaza, donde la multitud se estrujaba sin piedad, se preferían los papelitos. La policía, haciendo "la vista gorda", permitía que despuntaran discretamente el vicio los aficionados a jugar con agua.

Aturdían los gritos de los vendedores:

—¡Serpentinas, a medio el paquete!

—¡Vendo marca Imprenta: se tira y no se revienta!

—¡A real la bolsa de papelitos!

—¡Ramitos! ¡Ramitos!

Risas, cantos, música, ruido de coches sobre el empedrado y los eternos. "¿Me conocés"?, ¿Cómo te vá, che?", de los disfrazados.

Una nube de polvo volaba sobre la multitud.

. . . .

. . . .

Poco después de media noche la plaza quedaba desierta. En su sedante paz venían a dormirse las fatigadas notas de los "lanceros", que se escapaban por las abiertas ventanas del Club Fomento.

Sombras

POR qué recuerdo ahora la historia de los hermanas Z., que oí contar tantas veces cuando era muy joven?

No lo sé. Como casi siempre, me dejo llevar de la mano por el asunto, sin preguntarle nada.

Vencidas, pobres, sin brillo (tal como las conocí), el pueblo, aquel ríspido pueblo nuestro, no les perdonaba aún sus antiguos pecados de orgullo.

—Dios las ha castigado, —decía la gente con íntima satisfacción.

Yo miraba a las dos hermanas, que pisaban ya los umbrales de la vejez, y me costaba creer que fuera cierto todo lo que oía.

Su pobreza discreta y digna me inspiraba respeto. Adivinaba, o creía adivinar, el aleteo de mil sueños parecidos a los míos en el silencio un poco misterioso en que se encerraban.

Soñador impenitente, me sentía unido a ellas sin saber bien el porqué.

Por eso no me gustaron nunca las burlas que les hacían padecer y más de una vez me empeñé en evitarlas.

A ser ellas más jóvenes, o yo de más edad, tal vez me hubieran inspirado uno de esos amores que dejan honda huella en la vida de los hombres.

—Eran altivas y crueles. Tú no las conociste entonces, —me dijo cierta vez don Ambrosio.

—Sufren. Se ríen de ellas. Las aislan.

—Es justo lo que les pasa.

—Aborrezco la justicia que es cruel.

—¿Quieres que les pidamos disculpas?

—Lo que quisiera es que fueran ustedes más generosos. Que supieran olvidar.

—¡Jamás!

—Cristo, el Cristo llagado de piedad, en el cual dice usted creer, le cobrará esa palabra, don Ambrosio.

—Cristo castigaría, ha castigado ya, su orgullo.

—Puede ser. Pero lo haría sin burlas y sin odios.

* * *

Ricas, bellas, elegantes, con una cultura superior a la del ambiente en que les tocara actuar, las hermanas Z. eran envidiadas y admiradas por toda la juventud de su tiempo.

Las muchachas copiaban, hasta donde les era posible, sus vestidos, sus sombreros, sus gestos, sus palabras.

Los jóvenes se sentían deslumbrados y tímidos ante ellas.

La una era rubia. Morocha era la otra.

Criadas en medio del lujo, acostumbradas a todas las adulaciones, nació en ellas un desmedido orgullo que las hizo ver a todo el pueblo rendido humildemente a sus pies.

Realizaron, en compañía de sus padres, un viaje a Europa. Cuando regresaron, parecían sentir mayor desdén que antes por el tosco ambiente pueblerino.

Los jóvenes de las mejores familias suspiraban por ellas. Ninguno llegó a ser correspondido; se les rechazaba sin esperanza y, lo que es peor, sin dejar de hacerles ver, en los claros de la cortesía, que pretendían un imposible.

Eran altivas, bellas y frías. Como estatuas. Al revés de las otras, parecían no tener prisa por casarse.

—Por haberse educado en Montevideo, saber el francés, el piano y algo de pintura, se creerán dignas de príncipes, —expresaban irónicamente los despechados.

—Y por ser jóvenes y ricas —se añadía.— Pero ni la juventud ni el dinero duran siempre.

No fueron más felices las muchachas que pretendieron entrar en su intimidad. Algo había en las hermanas Z., que detenía los impulsos de las más resueltas y no les dejaba gana de insistir.

Así fué creciendo en torno suyo una atmósfera hostil que no parecía preocuparlas.

Sus frecuentes viajes a Montevideo y Buenos Aires las dejaba libres, por algunos días, de la pesadez, la murmuración y la envidia que las escoltaban.

Se hacían ver cada vez menos en las fiestas del pueblo. Vivían casi encerradas, como flores delicadas que temen que el aire las marchite.

Decíase que leían mucho. ¡Hasta "libros prohibidos"!

A veces iban, magníficas de esplendor y orgullo, a un baile del club. Desesperaban a los hombres y hacían palidecer de rabia a las mujeres.

Paseaban sobre la concurrencia una mirada distraída, agradecían los cumplidos con discretas sonrisas, bailaban dos o tres piezas, cambiaban algunas frases corteses, pero frías, fingían no oír las palabras intencionadas que se pronunciaban en torno suyo y se retiraban luego, dejando una estela de admiración y rencor a su paso.

* * *

Corrió el agua de los días.

La madurez, la temida madurez, halló solteras a las hermanas Z.

La hostilidad del pueblo iba en aumento.

Una rápida enfermedad apagó la vida del padre. Poco tiempo después lo siguió la madre.

Las hermanas Z. se encontraron solas, sin amigos en aquella hora de angustia.

Tal vez pensaron en marcharse. Pero a sus desgracias se agregó la inesperada revelación de su pobreza.

Como tantas otras, su fortuna era más aparente que real.

Muerto el jefe de la familia, eje de todos los negocios, la bancarrota se precipitó.

A penas les quedó la casita en que fueron a refugiarse y un pedacito de campo de cuya menguada renta vivían.

El pueblo entero vió con alegría aquel descenso vertiginoso.

Las hermanas Z. fueron el tema de todas las conversaciones. Su infortunio, en vez de apiadar, provocaba risas.

Se les habría perdonado, acaso, si ellas, menos estoicas, menos encerradas en su altiva intimidad, hubieran confe-

sado en alguna forma sus culpas o demostrado arrepentimiento.

Pero nada de ésto ocurrió.

. . . .

Tal es, sin muchos detalles innecesarios, lo que tantas veces oí contar de la juventud de las hermanas Z.

No he podido evitar algunos adjetivos y conceptos con los cuales no estarían, ciertamente, de acuerdo mis informantes.

Sigo teniendo mis dudas sobre los juicios de mis conterráneos con respecto a estas mujeres.

¿Era solamente orgullo lo que había en el alma de las hermanas Z., o selección, superioridad natural que chocaba con la rudeza del ambiente?

El pecado que en ellas se quería castigar, ¿no sería el de haber puesto en evidencia la inferioridad espiritual que las cercaba?

¿Eran frías como estatuas, o almas ardientes y puras que se sentían llamadas por un destino más alto?

* * *

Como todas las desengañadas, las hermanas Z. se entregaron a la iglesia.

Dos veces por día, por lo menos, iban al templo.

Me parece verlas, con la cabeza erguida, pisando con firmeza, con el rosario en las manos, vestidas siempre de negro y tocadas con un velo que les ocultaba la frente, aquellas frentes de vírgenes altivas con las que soñaran tantos hombres.

Me fuí del pueblo con esta visión.

Cuando regresé, después de muchos años, volví a ver a las hermanas Z.

La vida se había vengado cruelmente de ellas. Eran dos viejecitas que se inclinaban hacia la tierra, con el rostro ultrajado de arrugas y el paso vacilante.

Me quedé mirándolas. Parecían dos sombras, dos humildes sombras caminando hacia le enorme sombra que las borraría...

Comprendí entonces que la gente se hubiera olvidado de ellas.

* * *

Hace seis meses, estuve otra vez en mi pueblo.

Cuando llegó la hora de la novena, me fuí, sin decir nada a nadie, al callejón que conduce a la iglesia.

Desfilaron ante mí casi todas las feligresas. Unas, alegres. Graves o preocupadas las otras. Las más, indiferentes.

De pronto, una viejecita que apenas se movía, llamó mi atención. Al llegar cerca mío, la reconocí. Era... la que fué rubia.

—Buenas noches, señorita Eugenia, —le dije.

Sorprendida, se volvió a mirarme.

—¿Quién es Vd.? —me preguntó.

—Alguien que vuelve del pasado.

Debí parecerle un fantasma o un loco. Se hizo la señal de la cruz y se fué sin decir nada más.

Me quedé pensando en su juventud, en su belleza, en su orgullo, en los sueños ignorados que morirían con ella.

Iba sola. Tal vez a rezar por la hermana muerta.

Parecía, a la distancia, una sombrita que se movía. Una sombrita cansada que iba en busca de la Gran Sombra para echarse a dormir en ella...

Lagrimitas

LO veo solo, sentado en una mesa del café. La barba de algunos días, los cabellos largos y despeinados, la ropa de mucho uso y no muy limpia, perezosos los movimientos, errante la mirada; todo él tiene un aspecto de vencido que conmueve.

Lo observo unos instantes y luego, herido por un pensamiento de infancia, me dirijo hacia él:

—¡Lagrimitas!— Y le tiendo la mano.

Me mira con aire de sorpresa. Hace un gesto no sé si de cansancio o de fastidio, y, sin responder a mi saludo, dice:

—Se equivoca. Me llamo...

—Sí, pero en el colegio te decíamos Lagrimitas. ¿Lo recuerdas?

—Es verdad. Hace... más de...

—Y unos veinte años que no nos veíamos.

—Veinte años...

—¿Me reconoces?

—Sí.

—Dime algo de tu vida.

—No tiene interés...

No, no es frialdad lo que hay en Lagrimitas, sino una amargura honda y huraña, que no quiere entregarse.

Mi afecto por él ha despertado de su sueño de más de un cuarto de siglo. Me siento a su mesa sin esperar invitación.

Pedimos café. Lo bebemos lentamente y sin hablar.

Se diría que nada tenemos que comunicarnos. ¡Y hay veinte años de silencio entre nosotros!

* * *

Rubio, delgado, débil era Lagrimitas cuando estaba en el colegio. No dió nunca pruebas de esa inteligencia más

brillante que profunda, que tanto suele entusiasmar a los maestros. En realidad, no sé si era o no inteligente.

Tenía el llanto fácil y esa fué la razón del apodo.

Las lágrimas estrellaban su rostro por la causa más simple. Los sollozos lo sacudían con frecuencia. La pérdida de un lápiz, un empellón, un pellizco, una mala nota o una mancha de tinta en el cuaderno de copias, provocaban su llanto. Lagrimitas no sabía reaccionar de otra manera ante el dolor del alma o del cuerpo.

Aquello hizo gracia al principio. Los compañeros lo molestaban con el único propósito de hacerlo llorar. Se apiñaban en torno suyo para presenciar el espectáculo.

A veces lo esperaban a la salida de la escuela y lo seguían varias cuadras cantándole:

Mariquita,
señorita,
tan chiquita
y tan bonita...

Lagrimitas se deshacía en llanto. Pero nunca fué capaz de devolver las humillaciones que le hacían pasar, o de vengarse en alguna forma.

Al fin, se cansaron de él. Lo despreciaban.

—¡Es un desgraciado!— decían.

Nadie quería conversar, jugar o andar con Lagrimitas.

Se quedó sólo. Tan solo como estaba hace un instante en el café. Y también como ahora, uní yo entonces mi soledad con la suya.

Nos hicimos amigos. Jugábamos, estudiábamos y paseábamos juntos. Hasta nos acompañábamos en estos silencios llenos de palabras, tan frecuentes en él y en mí.

¡Cuántas burlas tuve que sufrir por mi amistad con Lagrimitas!

Pero cuanto mayor era el desprecio que le demostraban, más grande era mi afecto por él. Su infelicidad me atraía como un abismo.

—Ya ves, hermano, lo que te pasa por ser mi amigo.

—No te conocen, Lagrimitas. Ni saben lo que sufres.

Me había contado su historia de niño triste. Era huérfano de padre. La madre no pudo soportar mucho tiempo la viudez y volvió a casarse. El padrastro, casi siempre borracho, lo maltrataba. Más de una vez, Lagrimitas me mostró las señales de los golpes.

Quería mucho a su madre, pero no le perdonaba aquel segundo casamiento que envenenaba su vida.

Conservaba muy viva la imagen del padre y quería seguir su oficio: albañil.

Recuerdo que el maestro le dió unos versos para recitar en la fiesta que se realizaría a fin de año en el colegio.

Lagrimitas leía los versos, pero no lograba retenerlos en la memoria. Y mucho menos podía darles una expresión aceptable.

Aquello lo desesperaba. El éxito hubiera sido para él una rehabilitación. Habría demostrado ser algo.

—¡Soy un burro! ¡Soy un burro! —me decía sollozando.

—No te aflijas, hermano.

—¿Cómo no voy a afligirme? El maestro se enojará. Los otros se reirán de mí.

Con mis escasas fuerzas, traté de ayudarlo. Todo inútil. Lagrimitas aprendía una estrofa y la olvidaba al poco rato. Además, le faltaba totalmente soltura. Era un tímido incurable.

Cuando se acercó el día de la fiesta, me atreví a decirle al maestro.

—Lagrimitas no podrá recitar los versos; se siente un poco enfermo.

—¿Qué es eso de Lagrimitas? Aquí todos los niños tienen nombre.

Y me puso en penitencia detrás de uno de los pizarrones.

Pero mi sacrificio no fué estéril. Llamaron a Lagrimitas, lo hicieron recitar... y resolvieron darle los versos a otro alumno.

* * *

He recordado todo eso mientras estamos mirándonos en silencio, como dos extraños.

Al fin, mi ex-condiscípulo se decide a hablar:

—Sé algo de tu vida. Te oigo nombrar con frecuencia. Hasta te he visto varias veces por la calle... cuando vienes al pueblo.

—¡Y no me has llamado! Eres un ingrato, Lagrimitas.

—¿Llamarte? ¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Para darnos un abrazo, para recordar nuestros años de colegio.

—¡Está tan lejos todo aquello!

—¿Lo olvidaste?

—Casi...

—Entonces, me equivoqué. Creí hallar al amigo de mi infancia. Pero estoy frente a un hombre indiferente, que no recuerda ni quiere recordar.

Mi amigo sonríe con una sonrisa de la cual parece que fueran a brotar lágrimas.

—No me comprendes, hermano.

—Comprendo que algo te pasa. Habla. Acaso la pobreza...

Lagrimitas pasea su mirada por el salón, que empieza a llenarse de gente, y luego me dice:

—Tú me ves como era. No quieras saber como soy. Guárdate el recuerdo de aquel muchacho tímido, torpe, llorón, que conociste en el colegio. Mi vida era triste entonces. Ahora, es peor.

—¿Qué hay de terrible y misterioso en tu existencia?

—Hay... miseria, inutilidad, fracaso... No me preguntes más. Si alguna vez volvemos a encontrarnos, pasa sin mirarme. No quiero avergonzarte. Tú no sabes... Tuviste la suerte de irte joven de aquí...

—No sé lo que has hecho, Lagrimitas. Ni me importa. Para mí sigues siendo el de antes; me lo está diciendo esa emoción que en vano pretendes dominar.

—Adiós.

—¿Te vas sin darme un abrazo?

—No sabía...

—No debes ser un criminal. Conservas la timidez que te conocí en el colegio.

—¡Si tú supieras!

—Nada quiero saber ya. No puedo juzgar a los que sufren.

Nos separamos. No lo aseguro, pero me parece que por el rostro de mi amigo rodaban lágrimas al despedirnos. Como cuando estaba en el colegio.

Estampa Juvenil de Collazo

HACE muchos años que no veo a Collazo. Vive todavía, según mis noticias. Lo conocí una noche en una casa de los suburbios de Minas.

—Estos son mis dominios, —me dijo el amigo a quien yo acompañaba.

—¿Vives sólo? —le pregunté ingenuamente.

—No.

Abrió la puerta y entramos. Una mujer, iluminada por la anémica luz de una vela, apareció ante nosotros. Era joven, de mirada picaresca y movimientos sensuales. Nos saludó con una sonrisa.

En la amplia pieza parecían nadar los pocos y modestos muebles.

—Sentate y sacate el saco —dijo mi amigo.— Estás en tu casa.

—Gracias.

—China, prepará el mate. ¿No vino Collazo?

—No. Creí que anduviera contigo.

—Ese no demorará mucho.

La mujer se arregló un poco los revueltos cabellos, se calzó las zapatillas, encendió el calentador y empezó a echar yerba en el mate.

—Y ese Collazo, ¿quién es? —pregunté a mi amigo.

—¿No lo conocés? Es un muchacho alto, rubio, de ojos azules, buen guitarrero y mejor amigo. Salió hace poco de la cárcel.

—¿Qué le pasó?

—Una desgracia propia de hombres. Fué en un baile, allá por la Estación. Se puso a enamorar a una muchacha

que tenía novio. Dicen que a ella le gustaba. Se explica: Collazo es lindo varón, toca la guitarra, canta bien...

—¿Y...?

—El otro se puso furioso; lo llamó al patio y le dió una cachetada. Pero Collazo no es lerdo ni maula: le abrió la barriga de una puñalada.

—¿Lo mató?

—No; se curó después de un tiempo. Al pobre Collazo le costó año y medio de cárcel.

—Debe ser triste estar preso, hermano.

—Sé lo que es eso. Se sufre, pero se sale más macho que nunca. Como salió Collazo. Con él se puede contar siempre en un momento de peligro.

La mujer ofreció el primer mate a su hombre. En ese momento se abrió la puerta para dejar pasar a Collazo.

Era un muchacho simpático, lleno de salud y alegría, muy satisfecho de sus hazañas y de su linda estampa. Hechas las presentaciones, mi amigo le preguntó:

—¿Dónde estabas?

—Te anduve buscando por el café de la plaza y lo de Venancio.

Collazo se sentó frente a nosotros. Después que tomó el mate que, muy complacida, le ofreció la mujer, y dió ciertas noticias que interesaban a mi amigo, éste le dijo:

—Ahí tenés la guitarra, hermano.

La guitarra estaba dormida sobre la cama. Collazo la tomó en sus brazos, la templó y empezó a tocar el tango de moda: "La Morocha".

La mujer, mientras llenaba el mate, cantaba suavemente:

Yo soy la morocha,
la más agraciada,
la más renombrada
de esta población...

Las notas dulces, lánguidas, perezosamente sensuales, revoloteaban por la pieza y se escapaban luego por la puerta del patio, a salpicar la noche.

Cuando terminó el tango, mi amigo le pidió a Collazo:

—Cantá algo tuyo, ahora, para que este amigo te vaya conociendo.

Sin oponer ninguna resistencia, como quien tiene absoluta confianza en la propia obra, punteó Collazo una milonga y su voz clara, vibrante, empezó:

Por una pequeña causa
en preso vine a parar...

No se necesitaba más para saber que Collazo se refería a la "desgracia" contada momentos antes por mi amigo. Mis diez y siete años inocentes se asombraban de que la "pequeña causa" fuera nada menos que una honda herida que puso en peligro la vida de un hombre.

Collazo seguía cantando. Se presentaba, a través de sus versos, como una víctima de la injusticia. ¿De la injusticia de quién? ¿De los hombres? ¿Del destino? Acaso ni él mismo lo supiera.

Las injusticias del mundo
nunca pude adivinar...

—Después de todo (pensaba yo), ¡quién sabe! Tal vez no podamos salir nunca de las "pequeñas causas" que nuestra orgullosa imaginación se complace en agrandar. Tal vez Collazo esté en lo cierto. ¿Qué es la vida de un hombre para la Vida?

—Se le enfría el mate.

Me apresuré a terminar el líquido, devolví el mate y seguí escuchando:

A las cinco nos llamaban
para empezar la tarea...

Terminada la relación del incidente, Collazo intentaba describir su vida de preso. Sus palabras lograban dar cierta idea de los padecimientos físicos, de los abusos de que se decía víctima, de la desesperación que arañaba sus noches al pensar en los amigos, en la novia, en las fiestas y en otros bienes hijos de la libertad.

¿Arrepentimiento? ¿Dudas? ¿Inquietud moral? Nada de eso había en los versos de Collazo. No podía haberlo. El

creía haber obrado bien. Como macho. La cárcel le puso una aureola de mártir que le agradaba.

Pero me quedó el consuelo
de así aprender a ser hombre.

Con la afirmación viril —¡tan repetida!— de que el dolor enseña a ser hombre, terminaba el canto.

—Esos versos los hizo en la cárcel,— informó mi amigo.

Me creí obligado a felicitar a Collazo:

—¡Muy bien, amigo! Me tiene que dar una copia de sus versos.

—No hay inconveniente... si Vd. sabe escribir.

—¿Y usted?

—Yo no conozco más escuela que la del mundo.

—¿Cómo hizo los versos?

—Los hice en la cabeza. Cuando estuvieron prontos, le pedí a otro preso que los escribiera.

—Es curioso.

Collazo siguió alegrando mucho rato la reunión con su guitarra y sus cantos. El mate pasaba de mano en mano.

Al fin nos cansamos de todo y el silencio abrió sobre nosotros sus grandes alas negras.

Aproveché ese momento para despedirme. Al tenderme la mano, Collazo me dijo:

—Mañana vamos a salir a dar serenata. Lo esperamos.

—Si no estamos aquí, —agregó mi amigo,— de nueve a diez, la china te dirá donde podés encontrarnos.

—Vendré.

—¿Palabra de hombre?

—Palabra de hombre.

Salí. El frío de la madrugada me dió en pleno rostro. A lo lejos, los cerros semejaban enormes fantasmas amenazadores.

Ni un alma por las calles. Las luces parecían cansadas de alumbrar tanta soledad.

Yo iba contento y pensativo.

—Tal vez —me decía— sea peligrosa esta amistad. Pero me gusta. Abre un mundo nuevo ante mis ojos. Además, estoy atado a ella por mi palabra de hombre. ¡De hombre! Mañana mismo me voy a comprar una daga, por lo menos

tan larga como la que Collazo puso sobre la mesa antes de empezar a tocar la guitarra.

* * *

Fuímos compañeros durante algún tiempo. Sus sueños eran distintos de los míos, pero la juventud, que creíamos eterna, los unía amorosamente. También hice versos, no sé si mejores o peores que los de Collazo. A éste no le gustaban. No me dolió nunca su honrada franqueza.

Una tarde nos separamos con un adiós.

Y nunca más nos hemos visto.

Patita

IGNORO por qué le llamaban Patita. Es éste, acaso, uno de los tantos misterios de la historia que mellan la paciencia de los investigadores.

Patita le decían todos y a nadie se le ocurría pensar que aquel hombre tenía, sin duda, un nombre verdadero, como cualquiera de los vecinos del pueblo.

Tendría mi héroe, cuando lo conocí, unos cincuenta años. Era alto, delgado rubio, de bigote caído y caminar lento y grave. Vestía siempre de negro y usaba una de aquellas corbatas anchas y volanderas, "le dernier cri" del romanticismo. Hablaba con una voz honda que parecía salirle de lo más profundo de su ser. Su conversación estaba agujereada de silencios, remansos en los que se detenía el pensamiento para cobrar nuevos bríos.

No sé cuáles eran sus medios de vida, pero sospecho que poseía bienes que le permitían despreocuparse de los siempre mezquinos problemas económicos.

No me cansaré de decir que con Patita se cometió una enorme injusticia.

Aquel hombre grave y de aspecto inofensivo, cultivó la literatura con un fervor que ya quisieran para sí muchos autores de renombre, y si una mano piadosa recogiera cuanto escribió, tendría para llenar diez o doce volúmenes dignos, por todos los conceptos, de las más abultadas recompensas oficiales.

Sin embargo, Patita no figura en ninguna de nuestras pródigas antologías, ni ha encontrado entre nuestros críticos, también tan pródigos, uno que se decida a exaltar la belleza de su obra. Todavía hay más: el pueblo que se honró en darlo a luz no ha sabido honrar su memoria.

La única explicación de este olvido sin precedentes, radica, a mi juicio, en que Patita dedicó sus afanes a una especie literaria que, por no ser bien comprendida, hemos considerado siempre un poco al margen de la literatura: la oración fúnebre.

Pero aquí estoy yo, dispuesto a que se haga justicia. Es posible que esta sea la misión que he traído al mundo. Como cronista veraz y como conterráneo del ilustre hombre, tengo el deber de arrancar ese nombre del olvido. Y lo haré, no sólo por Patita, sino también por todos los oradores fúnebres que, gracias a Dios, nos quedan.

Los habitantes de mi pueblo teníamos la certeza de que no nos faltaría, si moríamos, la generosa ofrenda oratoria de Patita, cuyos discursos empezaban invariablemente así: "Vengo a dar el adiós postrero, en nombre de los oyentes, a mi querido amigo don..."

Eso de "en nombre de los oyentes" y lo de "mi querido amigo", eran, en la mayoría de los casos, adornos literarios que salpicaban los discursos de Patita. No necesitaba éste que nadie lo designara intérprete de su sentimiento, ni haber conocido al muerto, para ponerse a hablar.

La generosidad de Patita era, en este sentido, ilimitada. Al verlo en un entierro, ya teníamos la seguridad de no salir del cementerio sin oirlo.

No sé si Patita había leído a Bousset. Osaré afirmar, eso sí, que el gran orador francés no cultivó la oración fúnebre con mayor pasión de artista que mi personaje. Baste decir que Patita no hizo en su vida, pese a todas las solicitudes que se le dirigieron, otra clase de discursos. Toda su labor literaria está dedicada a los muertos.

Tenía cientos de discursos, para todas las edades, profesiones y circunstancias. ¿Quién podía lanzar lamentos como él —con aquella voz que parecía salir del fondo de una tumba—, "por la dolorosa y prematura muerte de los seres tronchados en plena primavera"; por el fin, "no por esperado menos angustiante, de los que se van con la satisfacción del deber cumplido"; por los que nos abandonan, "robando a la patria y a la humanidad brillantes esperanzas"; por los que caen "en una encrucijada trágica del destino", etc?

Esta asombrosa fecundidad y el deseo de prodigarse, le jugaron más de una mala pasada.

Cierta vez estaba Patita en lo mejor de su discurso. "Este que aquí veis —decía— se llamaba Emilio Rodríguez. Lo miro y no mira. Lo llamo y no responde. ¡Y no me mira ni responde porque está muerto, señores!"

—¡Pare!, —gritó uno de los deudos allí presentes.— ¿Cómo quiere que le responda, si el finadito se llamaba Alberto González?

Patita, falto de tiempo, se había visto obligado a echar mano de un discurso ya pronunciado y olvidó preguntar el nombre del muerto al que tenía que dirigirse en esta oportunidad.

Otro día resolvió, espontáneamente, despedir a un muerto "en nombre de los oyentes". Como el cadáver debía ser llevado a la ciudad desde una lejana sección rural, Patita fué a esperarlo a la necrópolis. Abstraído en su ideas, se paseaba por la enarenada calle central, cuando de pronto vió llegar un cortejo. Se quitó el sombrero, pasó la diestra por el cabello, tosió para probar la garganta y esperó que el muerto fuera llevado al lugar en donde debía dársele sepultura. Cuando ésto ocurrió, se presentó de improviso y, sin reparar en la sorpresa de los presentes, extrajo unos papeles de un bolsillo y empezó a decir con tono enfático: "Vengo a dar el adiós postrero, en nombre de los oyentes, a mi querido amigo don Bonifacio Pereira, arrebatado al cariño de los suyos por la mano traidora de la muerte".

Durante media hora, Patita exaltó los méritos del extinto, su laboriosidad y honradez, los grandes servicios prestados a la patria y las virtudes que supo trasmitir a sus hijos, "dignos herederos de un nombre sin mácula".

Los presentes escucharon en silencio y, cuando terminó de hablar, uno de ellos se acercó y le dijo:

—Le agradezco, amigo, el discurso. Pero le hago saber que el cadáver de don Bonifacio no llegará hasta esta tarde, según dicen.

—¿Y quién es este muerto? —preguntó Patita.

—Mi hijo Ramón. El pobrecito no había cumplido veinte años...

Patita se fué del cementerio sin decir palabra. Volvió de tarde y llenó cumplidamente la misión de dar "el adiós postrero" a don Bonifacio.

Era tanta su popularidad, que por el pueblo corrían frases como éstas: "Triste, como un discurso de Patita". "Tan grave está el pobre, que ya oye el adiós postrero de Patita". "Te salvarás de un tiro, pero no de la despedida de Patita", etc.

Nunca se enojó Patita por estas bromas que se le dirigían. Como verdadero hombre superior, estaba por encima de las burlas vulgares.

* * *

¡Pobre Patita! La estúpida ingratitud de la gente empezó a poner al pie de las invitaciones fúnebres: "Se ruega no enviar coronas ni pronunciar discursos".

¿Qué iba a ser de él, entonces?

Enflaqueció más aún. La nostalgia de sus muertos, objeto de su vida, le llenó el espíritu de melancolía.

Enfermó gravemente. Y una noche, la noche fatal de todas las tragedias, murió. "Indigestión de discursos", dijeron las malas lenguas. En realidad se lo llevó el dolor del hombre a quien le quitan violentamente la única razón noble de su existencia. Nunca perdonaré esa crueldad a mis conterráneos.

Fuí de los pocos que concurrieron al entierro de Patita. Era tal su fama de orador, que, aún sabiéndolo muerto, nos parecía que no nos iba a dejar salir del cementerio sin hacernos oír su voz.

Pero estaba mudo, definitivamente mudo.

Y la más negra de las ingratitudes (me acuso también de ella), fué dejarlo allá, sólo, sin decirle una palabra, sin darle el "adiós postrero", que él no nos hubiera negado en circunstancias análogas.

Luisa

HACE... no sé cuántos años. Era una noche de carnaval, en la plaza de mi pueblo.

Una graciosa mascarita se acercó a mí. —¿Me conoces? —preguntó.

El antifaz permitía ver dos grandes y bellos ojos negros. Las manos eran blancas y finas. El cuerpo, esbelto.

—Te adivino —acerté a contestarle.

—¿Cómo?

—Joven y hermosa.

—Te engañas. Soy vieja y fea.

—Demuéstralo.

Reímos ambos. Ibamos a continuar el diálogo, pero tres compañeras, también disfrazadas, la llamaron. Sentí como si una fuerza misteriosa me arrastrara. Y la seguí.

Cuando, venciendo la timidez de mi adolescencia, me atreví a alcanzarla, balbucié:

—Si no me dices quién eres, no podré dormir esta noche.

—¿Eres muy dormilón?

—Bastante.

—Te hará bien estar un poco desvelado.

—¡No seas cruel!

Se burló un poco más de mí y luego me dijo su nombre. Era Luisa.

No sé de dónde saqué palabras para expresar lo que sentía. Ella me escuchó con agrado. Nos dimos cita para el día siguiente, a las seis de la tarde, en casa de la familia Benítez.

—Asegúrate de que papá no esté por allí —me recomendó Luisa.

—Pierde cuidado.

Como ellas tenían que regresar, nos despedimos.

Quedé en la plaza. Ajeno al estruendo del carnaval. Como si estuviera solo. Oyendo cantar a mi corazón:

—¡Ya tengo novia! ¡Ya tengo novia!

* * *

El señor Benítez casi nunca estaba en su casa. Tenía, fuera de ella, uno de esos "entretenimientos" que absorben la vida de ciertos hombres.

Fuí muy bien recibido por la esposa, doña Leonarda, una señora indulgente con los enamorados y con una insaciable sed de conversación.

Tres eran las hijas de doña Leonarda y compañeras de Luisa: María, Angela y Amparo, de 25, 21 y 16 años, respectivamente.

Las dos mayores eran rubias, altas, de ojos azules y temperamento apacible. La menor era morocha y de carácter vivo.

Angela era novia de un comerciante. Amparo no había hecho aún su elección.

María, sin que se explicara el porqué, no sabía lo que era tener novio. Suspiraba continuamente por el "príncipe de los sueños", pero era seguro que se conformaría con el paje.

Luisa y yo no podíamos vernos libres de la presencia de María. Nos acompañaba en los paseos. Oía nuestras conversaciones.

Para resolver el problema de nuestra libertad, le busqué un novio.

—No te pido que la quieras —le dije. Se trata de entretenerla. Después de todo, es gente amable y podemos pasar allí muy buenos ratos.

—¿Te parece que yo...?

—Luisa le habló de tí. Está encantada. Piensa regenerarte. Creo que leyó algo parecido en una novela.

Mi amigo aceptó.

* * *

Pasamos algunas horas deliciosas en aquella salita llena de retratos, de flores, de intimidad provocadora del beso...

O paseamos, soñando, por la rumorosa plaza vecina...

Una mansa y dorada tarde de marzo, fuimos hasta el arroyo La Plata. Las muchachas se asustaron cuando el

inofensivo arroyito se convirtió, al soltar el molino las aguas que tenía presas, en una ancha e impetuosa corriente que parecía querer arrasarlo todo.

Los ojos soñadores de María y de Luisa acariciaban el cuadro: resbalaban por las graciosas curvas de las colinas, reposaban en los valles, se reflejaban en las aguas, ascendían luego, lentamente, hasta la cumbre de los cerros que cercaban el paisaje...

Volvimos a la ciudad con aquella áspera dulzura metida en el alma. Luisa y yo nos apretábamos las manos; mudos, poseídos por la extraña emoción de la poesía, a la vez suave y violenta, de las sierras nativas.

* * *

Pronto llegó el cumpleaños de Amparito y todos la obsequiamos.

De tarde (doña Leonarda no quiso darle trascendencia al acto), se realizó una fiesta a la cual concurrieron tres o cuatro familias amigas de la casa.

Se bailaron algunas piezas al son de la guitarra hábilmente tocada por el novio de Angela.

María y su novio pidieron permiso a doña Leonarda para bailar un tango.

—¡Jesús! ¿Saben lo que me piden? Me extraña en Vd...

—Señora...

—¡Qué diría la gente! ¿Tangos en mi casa? ¡Nunca! Bailen unos lanceros.

Lanceros hubo que bailar bajo la mirada maternal de doña Leonarda.

María y Angela, a pedido de la concurrencia, recitaron poesías. Amparito cantó "La Muñeca".

Los asistentes fueron obsequiados con chocolate y licores.

Cuando salimos, mi amigo me dijo:

—¡No puedo más! Que venga otro novio. Me aburren estas niñas que recitan.

—María es muy espiritual.

—Es la mujer más cursi que he visto en mi vida. Me llama "el amado", "cabecita adorada", "ojos del alma"... Suspira, tuerce la boca, pone los ojos en blanco, pide "óscu-

los" en la frente, me cuenta sueños estúpidos... ¡Estoy harto!

—Si la quisieras, todo eso te agradaría.

—Pero no la quiero. Como tú no quieres a Luisa.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Esa muchacha es demasiado débil, lánguida y triste para tí. Tú harás, naturalmente, lo que quieras. Yo, como te digo, no iré más.

* * *

Las palabras y la actitud de mi amigo me hicieron pensar mucho.

Pasada la novelería de los primeros tiempos, comprendía que yo no estaba enamorado de Luisa.

No, no era verdadero amor lo que ispiraba aquella muchachita pálida, triste, de naturaleza enfermiza, que pensaba siempre en la muerte. No encendían la sangre sus besos lánguidos y sin calor, ni sus miradas eternamente perdidas en una invisible lejanía.

Empezaba a fastidiarme aquella señora que no cesaba de hablarnos de la vida plácida del matrimonio y nos hacía probar detestables licores de fabricación casera.

Como a mi amigo, me cansaban aquellas señoritas que parecían desmayarse recitando versos de Manuel María Flores, Juan de Dios Peza y Carlos Roxlo.

Empecé a faltar a las citas. Luisa me escribía cartas llenas de tristeza y ternura, que terminaban con una "tuya hasta la muerte".

Entonces volvía. Soportaba estoicamente las indirectas de doña Leonarda y el mal humor de María.

—Usted es el culpable por haberlo traído a casa —me decía la muchacha.

—Volverá; tiene sus rarezas —aseguraba yo.

—¿Qué le hice? ¿Se cree que una hija de familia es como esas mujerzuelas que él está acostumbrado a tratar? ¡Destrozar así mis ilusiones juveniles!

Llegó el día en que yo tampoco pude aguantar más. Le escribí a Luisa, dando por terminadas nuestras relaciones. Conservaría de ella el más grato recuerdo.

Luisa, la pobre Luisa, no contestó. Su pesimismo esperaba, tal vez, aquel golpe.

Angela, a quien vi pocos días después en la calle, me informó:

—Luisa está enferma, en cama. No hace sino llorar. Mamá y nosotras no perdonaremos nunca lo que usted ha hecho.

—¡Qué fatalidad! Créame que lo siento.

—¡Quién puede creer en ustéd!

Y se alejó rápidamente, después de clavarme en el alma la espina de su reproche.

Al poco tiempo, Luisa desapareció del pueblo. Nada más he sabido de ella. ¿Vive aún?

Su imagen no se ha borrado de mi espíritu.

Cuando la lucha, la pasión o el dolor me dan un momento de tregua, la vida se complace en acariciarme con el recuerdo de aquella muchachita dulce y triste, de blancura inmaculada, que me amó, o creyó amarme, "hasta la muerte".

Un Santo

NINGUNA de las figuras de mi pueblo, que me complazco en evocar para fugarme de las preocupaciones del presente, ha quedado tan hondamente grabada en mi espíritu como la de don Daniel.

Era yo niño cuando lo conocí. El, jubilado ya de no sé qué empleo, peinaba canas.

La esposa de don Daniel era una señora graciosa y dulce, que no tenía otros gustos que los de su marido. El hijo de ambos era un chico de mis años, tal vez un poco serio, pero no falto de cordialidad.

Vivían los tres en una casita de los suburbios, limpia, clara y alegre. Al frente había un jardincito cuyo lujo eran los rosales, orgullo de don Daniel. En el fondo crecían los árboles frutales, de los que no estaba menos orgulloso el dueño de casa.

Aunque don Daniel no tenía relación alguna con mi familia, mi amistad con el hijo (éramos compañeros de colegio) me abrió las puertas de su confianza.

Era un hombre cuya ternura estaba a flor de alma. La dulzura de su mirada, la bondadosa sonrisa dibujada en sus labios, la suavidad de su palabra, conquistaban desde el primer momento. No me trató nunca como a un niño, sino como a un hombre. Y ese fué, para mí, otro motivo de seducción.

Pronto fuí más amigo de don Daniel que de su hijo. Conocí sus gustos y costumbres. Solicité su consejo en algunas circunstancias. Hasta lo hice mi confidente.

Don Daniel me atendió siempre con cariño, como a todos los que a él se acercaban; pero era el suyo un cariño tan puro que obligaba a ser digno.

La esposa, el hijo, los rosales, los árboles y la casa llenaban todas las horas de don Daniel. Sólo por necesidad salía a la calle.

—Este es mi mundo, —solía decirme.— Aquí está lo que más quiero.

—¿También las plantas?

—También. Tal vez te parezca absurdo, pero las considero una prolongación de la familia. Como la casa. Han nacido de mi amor y mi esfuerzo. Acaso se piense que es egoísta mi vida. No lo niego. Si todos los egoísmos fueran tan inofensivos como el mío, los hombres serían más felices, ¿no te parece?

—Sin duda.

Después de la cena, don Daniel amenizaba las reuniones leyendo algún libro. Casi siempre de clásicos españoles, como más tarde pude saberlo. Allí sentí por primera vez la atracción misteriosa del caballero loco creado por Cervantes, lloré o maldije con los personajes de Lope, Tirso o Calderón, aspiré el delicioso perfume de algún romance...

De dónde le venía a don Daniel este gusto literario tan depurado, no sabría decirlo.

En el seno de aquella familia se sentía latir la felicidad. Una felicidad callada y honda que parecía estar a cubierto de las traiciones del destino.

* * *

Quince años tenía ya el hijo de don Daniel. El padre se veía en él como en un espejo. Un día se lo trajeron muerto. Síncope cardíaco, según dijeron los médicos.

Fué un golpe terrible para don Daniel. Todos creímos que lo abandonarían las fuerzas. Pero resistió.

Un mes después de tan tremenda desgracia, se le veía de nuevo cuidando sus rosas y sus árboles, o leyendo. La sonrisa se dibujaba siempre en sus labios, pero ahora parecía una mueca dolorosa.

A los once meses volvió a herirlo la fatalidad. La madre no pudo vivir sin el hijo... y se fué a buscarlo.

Estábamos seguros de que don Daniel no podría seguir viviendo. Su soledad era espantosa. Dejó de sonreír. Apenas hablaba. Se le veía vacilar, como un ciego sin lazarillo.

Otra vez nos equivocamos. Meses más tarde, reaccionó. Volvió al amor de sus rosas, de sus árboles, de sus libros.

—El conde Ugolini tenía razón —me dijo. — El dolor del alma no mata. Por eso él tuvo que esperar que lo matara el hambre.

—Don Daniel, ¿sabe que me voy mañana?

—¿Te vas? ¿A dónde?

—Por ahora, a Montevideo. Después...

—Comprendo. Deseo de conocer el mundo. Y de darse. Ven, dame un abrazo. En este momento pienso que no eres tú, sino él...

Y nos abrazamos llorando.

* * *

Pasaron seis años. Volví a visitar a don Daniel. El dolor y la soledad lo mordían, pero no lograban envenenar su dulzura.

Lo encontré en el jardín. Me abrazó. Contuvo sus lágrimás. Cortó luego una rosa y, mostrándomela, dijo:

—Mira esta flor. ¡Qué segura parece estar de su belleza y lozanía! La pobre no sabe que vivirá sólo algunas horas. ¿Qué importa? Hay que vivir, ¿comprendes? Nadie puede detener lo inevitable.

—¡El fin! Es terrible.

—Puede ser dulce. Cuando la muerte se ha llevado lo que más amábamos, consuela pensar que también nos llevará a nosotros.

Entramos en la casa. Todo estaba igual que antes. Junto a la ventana del comedor, el sillón en que ella se sentaba. El dormitorio, el cuartito del hijo, el escritorio... todo lo mismo que en los días felices. Sobre el escritorio había un libro abierto: intenté tomarlo. Don Daniel me detuvo:

—No lo toques. Es el último que él tuvo en sus manos. Está abierto en la página que había dejado de leer...

Nos quedamos un instante en silencio. Don Daniel tomó de nuevo la palabra:

—Nada he querido cambiar. Será una tontería, pero me parece que así estoy más cerca de ellos. A veces creo oírlos, escucho sus pasos... Intentar cualquier reforma, sería matarlos del todo. ¿No piensas lo mismo?

No pude responderle. En ese momento, tal vez sugestionado por las palabras de don Daniel, yo también oía la voz y los pasos de los muertos.

* * *

Nuevos años de ausencia. Y nueva visita a don Daniel.

Necesité decirle mi nombre. Me estrechó entre sus brazos temblorosos y me dijo:

—Discúlpame. Estoy casi ciego. Pero soy el mismo por dentro.

Le pregunté por sus rosas y sus árboles.

—Apenas puedo verlos. Pero los amo siempre. Todos los días los visito y converso con ellos. Sí, converso; no te rías. De algún modo hay que dar salida a las palabras de amor que no pudimos decir a tiempo.

—Y ellos, ¿le corresponden?

—Eso no interesa. ¿Se pregunta la flor si alguien aspirará su perfume...? Sin embargo, creo que me entienden. En la voz de un viejo hay algo de eternidad. Tan próximo se encuentra al inevitable fin...

—Está usted fuerte todavía, don Daniel.

—No podrás engañarme. He dado a la vida todo cuanto ella me dió. ¿A qué seguir? Estoy más allá del miedo. Oigo la voz de mis muertos y deseo ir con ellos. Cuando vuelvas a verme, tal vez me haya ido. No me llores. Acércate con alma limpia a mis flores y mis árboles, y ellos te dirán —si sabes oír— que estoy bien.

* * *

Antes de irme del pueblo, me dieron la noticia de la muerte de don Daniel.

Fuí de los primeros en llegar a la casa.

Estaba como dormido. Junto a la ventana del comedor, en el sillón en que ella se sentaba.

Había en su rostro una expresión de infinita dulzura. Sin duda se fué sin sufrimiento. Vendrían sus muertos a buscarlo y él les tendería los brazos.

Me emocioné al mirarlo. Pero estrangulé los sollozos.

Salí afuera. Los árboles y las rosas me parecieron más alegres que nunca.

Y tuve entonces la certeza de que don Daniel estaba bien.

La Revolución Social

IBAMOS a pedir permiso para dar serenata. En la puerta de la comisaría estaba el guardia civil Morales, un buen criollo que se sentía incómodo dentro del uniforme y que no lograba aprender los nombres de las calles del pueblo; esto último le creaba un complejo de inferioridad frente a sus compañeros.

—Buenas noches, amigazo —le dijimos.

—Buenas.

—¿Está el comisario?

—Sí. Pasen y esperen. Está escribiendo una cartita, ¿saben? Y guiñó maliciosamente un ojo.

Sonreímos. El comisario tenía fama de galán afortunado, pese a sus cincuenta años y pico. Se hablaba en esos días de la sospechosa protección que dispensaba a cierta muchacha huérfana.

Morales nos hizo entrar en la primera pieza de la derecha. Había en ella un escritorio con innumerables manchas de tinta; sobre el escritorio, un rebenque, un tintero, dos lapiceros y varias hojas de papel numerado. Había también en la pieza una montura, un mueble - biblioteca, naturalmente sin libros, cuatro sillas y un retrato de no sé quien, que parecía una mancha negra en la pared. Un perrito blanco, que descansaba plácidamente en un rincón, se levantó al vernos entrar, nos ispeccionó concienzudamente con la mirada y el olfato, y luego, con perezoso paso de filósofo, volvió a su sitio.

Morales desapareció. Nos pusimos a fumar. Conversamos.

—Mirá, —me dijo Enrique —a Juanita le voy a dedicar la "Canción del traje azul". Sé que le gusta. Y a mí me gusta ella.

—No olvides que Juanita tiene novio.

—Un amor se deja por otro. Además, si compara, tengo que salir ganando. ¿No te parece?

—Seguramente, hermano.

Apareció nuevamente Morales y nos dijo:

—Vengan.

Pasamos a una pieza más amplia, con muebles menos modestos y mejor iluminada.

El comisario estaba sentado a su escritorio. Nos envolvió el olor a violetas, su perfume preferido. Era un hombre alto, vigoroso, aindiado y autoritario. Tal vez fuera bueno en el fondo; pero, creyendo hacerle honor al puesto, escondía su ternura como si fuera un pecado.

Lo saludamos cortésmente y apenas nos contestó. Sus ojillos verdosos se fijaron un momento en nosotros. Luego, como si olvidara nuestra presencia, se puso a leer unos papeles que tenía delante.

Impaciente, Enrique empezó:

—Venimos a pedir permiso...

No pudo seguir. En ese momento se oyeron voces en el zaguán. El comisario se puso en pie de un salto, corrió hacia la puerta, la abrió y dijo con el énfasis de un capitán que ordena una carga a la bayoneta:

—¡Entren!

Entró un sargento seguido de dos guardias civiles, en medio de los cuales, esposado, venía un muchacho carpintero llamado Luis.

El comisario se dirigió al preso con irreprimible satisfacción:

—¡Ya estás en la jaula!

—Esto es un atropello; yo no he cometido ninguna falta, —protestó el detenido.

—¡Tenés mucha retórica! Deciles a los "compañeros" que te saquen.

—Harán lo que puedan, estoy seguro.

—¿Dónde lo agarraron? —preguntó el comisario al sargento.

—En la esquina del local de los güelguistas, —contestó el interrogado.

—¿Lo registraron?

—Sí, mi comisario. Tenía todos estos papeles en el bolsillo.

—¿Y armas?

—Armas no, mi comisario.

—Está bien. Seguiremos vigilando hasta ver dónde guardan las bombas.

—¿Qué bombas? —preguntó Luis.

—¡Hacete el desentendido! ¿Te pensás que no sé lo que son estos movimientos?

El comisario tomó los papeles que le dió el sargento, los leyó y se dirigió nuevamente al preso:

—¡Haraganes! ¡Quieren ocho horas de trabajo! ¿Por qué no les piden a los patrones que les paguen el sueldo y los hagan pasear? ¿En qué van a emplear el resto del día?

Luis, que no se achicaba, contestó:

—En estudiar para perfeccionarnos.

—¿Para qué necesitás estudiar? ¿No vivís bien así? ¿Necesité estudiar yo; necesitó tu padre?

—Los tiempos son otros. Usted no puede comprender...

—¡Ya lo creo que comprendo! Lo que ustedes quieren es más tiempo para estar en los boliches y en las casas de locas. No, si yo también he sido muchacho... ¿Pero no comprenden que eso será la perdición de ustedes? ¿Dónde van a estar mejor que en el trabajo?

—¡Cómo se conoce que usted no ha trabajado nunca!

—¿Que yo qué? ¿Que yo qué? ¡Repetí, insolente! ¿Vos pensás que todos los caballos son parejeros? Vos sos carpintero porque no servís para otra cosa.

—¡Y a mucha honra!

—¡Callate! No olvidés que estás delante de un alto funcionario público, de uno comisario. ¿O también querés ser jefe? ¿Conocés las leyes como yo las conozco? ¿Sabés hacer un parte? ¿Te animás a mandar hombres?

Luis se quedó mudo un momento, conteniendo las palabras que querían escapársele por la boca.

El comisario empezó a pasearse nerviosamente por la habitación. De pronto se detuvo frente al carpintero y le preguntó:

—¿Quién es el jefe de los huelguistas?

—No tenemos jefe.

—Hasta eso ocultan. ¡Muertos de hambre!

—Usted no tiene derecho...

—¡No me contestés, he dicho! Tienen la cabeza llena de los disparates que les cuenta Tano, el zapaterito que estuvo trabajando en Buenos Aires. Pero yo voy a cortar todo esto. Guardias especiales, informes, procedimientos cada vez más difíciles... ¡Me tienen harto! No lo dejan a uno ni dormir tranquilo. Siempre sonándole en los oídos: "¡Revolución social! Revolución social!" ¡Cómo si no hubiéramos tenido en esta tierra mejores revoluciones! ¿Vos sabés lo que es la revolción social?

—Sería largo de explicar.

—¡Qué vas a saber! Si lo supieras, no serías huelguista. ¡Ah!, pero te prevengo que mientras yo sea comisario aquí, en Minas no habrá revolución social. ¡No faltaba más!

Y satisfecho con esta seguridad, le dijo al sargento:

—Paseló al calabozo.

—Pero yo...

—¡Cállese la boca!

No le valieron razones al valiente carpintero. Lo sacaron de la pieza. El comisario también salió, para darse el gusto de verlo encerrar.

Enrique y yo no teníamos la menor idea de las luchas sociales que llegaban a nuestro pueblo como un vago eco del estruendo de las ciudades. Pero nos conmovió la escena que presenciamos.

—¿Qué te parece?

—Una barbaridad, Enrique.

—¿Por qué se habrá metido Luis en esa macana de la revolución social?

—No sabemos si es una macana.

—Sí, yo sé que quieren mandar los obreros y quitarles la plata a los ricos.

—¿Y te parece mal?

—¡A ver si te hacés anarquista vos también!

—No, hermano; pero la verdad es que hay tanta miseria en unos y tanta abundancia en otros...

—Dejate de cosas tristes. Esta noche tenemos que divertirnos.

Cuando volvió el comisario, le expusimos, al fin, nuestro pedido. Nos concedió el permiso solicitado. Salimos.

Enrique no tuvo ya en su pensamiento sino a Juanita y la "Canción del traje azul"; pero yo no pude olvidarme en toda la noche de aquel hombre autoritario e ignorante, que pretendía ahogar la revolución social... en Minas. Sin saber bien por qué, mi sangre proletaria se rebelaba contra sus gestos y sus palabras.

Y toda mi simpatía de muchacho pobre y soñador volaba hacia Luis, en aquella cálida noche de pueblo, de inigualada pureza.

Tipos de la Cárcel

EL CAPITAN

ALTO, robusto, con el cabello cayéndole sobre los hombros y la barba sobre el pecho, de tez morena y ojos inquisidores, el capitán Jiménez tenía una reputación nada envidiable. Era hombre que, por dinero, hacía cualquier cosa. Más de una vez, su cuchillo de mercenario se había puesto al servicio de venganzas ajenas. Se le atribuía la muerte del dueño de una jabonería y el total exterminio de una honrada familia campesina. Pero, sea porque Jiménez tuviera buenos "padrinos", o porque fuera muy hábil en las coartadas, nunca se le pudo probar nada: la cárcel no lograba detenerlo más de un par de meses. Por los servicios prestados en las guerras civiles había obtenido el grado de capitán de Guardias Nacionales; le gustaba recordarlo y que se lo recordaran. No lo incomodaba su mala reputación. Al contrario, la explotaba en provecho propio, atemorizando a muchos infelices.

—¿Cuánto tiempo hace que está encerrado, capitán?

—Veinte días. Una injusticia, m'hijito, una verdadera injusticia. (Jiménez hacía un enorme gasto de diminutivos).

—No conozco el caso.

—¿Conocés al gringuito Antonio?

—No.

—Vino hace cosa de un año y puso almacén en la calle Cebollatí. Yo me mudé por allá. Como vecino, quise favorecerlo. Empecé a surtirme en su casa. En algunas cositas me robaba el gringuito, pero no hice caso. Unos pesitos más o menos no me van a hacer más rico ni más pobre...

—¡Es claro!

—Pero el mocito es de agallas. ¿Sabés lo que hizo? ¡Me pasó la cuenta! ¿Qué te parece? Estos extranjeros llegan a nuestra tierra con una mano atrás y otra adelante, y al poco tiempo quieren pasarnos por arriba. ¡A mí, al capitán Jiménez!

—Usted se retiraría de la casa...

—No. Quise saber si la cosa iba en serio. Mandé a una de las muchachas a comprar unas bobaditas. ¡Y no le dió nada, ché! Con buenas palabras, porque el hombre es educao, le dijo que teníamos que pagar antes la cuentita. La muchacha volvió furiosa.

—¿Y usted?

—Yo nunca me apuro por nada, m'hijito. El capitán Jiménez no pierde fácilmente la paciencia. Seguí tomando mate. Cuando terminé, me fuí despacito al almacén. El gringuito, al verme entrar, se puso pálido. De bobo, porque yo no tenía mala intención.

—¿Cuánto le debo, m'hijo? —le pregunté.

Consultó los libros y me respondió, muy amable:

—Veinte pesos con treinta centésimos, capitán. Disculpe la molestia...

—Nada de disculpas, —le dije.— Hace bien en cobrar lo que es suyo. ¿Veinte pesos con treinta, decís? A ver... veinte y... Eso es... Dame una librita.

La sacó del cajón, me la dió y me dijo:

—Aquí la tiene, capitán.

—Bueno m'hijo, —le dije.— Así está la cuenta justita. Te debo ahora veinticinco pesitos.

El gringuito gritó, quiso insultarme, y yo, pa acobardarlo, saqué el cuchillito. Se lo puse así, en la barriga, pa ver si lo asustaba... Pero él no sé qué movimiento hizo, y se ensartó. Y por culpa de ese zonzo me tienen preso. ¡A mí, al capitán Jiménez!

—La herida sería grave, —observé.

—¡Me van a decir lo que son heridas! Apenas le habré cortao dos tripitas...

CORRALES

Corrales era un criollo flaco, desgreñado, de ojos hundidos en el rostro. Hablaba haciendo pausas, como si le costara un gran esfuerzo expresarse. Ignoraba su edad; suponía tener unos cuarenta años.

—Yo soy, —me dijo— del Perdido. ¿Conoce pu allá?

—Conozco, amigo Corrales.

—Güeno. Allí, como quien viene pal pueblo, pasando el boliche'l mellao Arregui, tuvimo hasta que murió el finao tata.

—¿Hace muchos años que murió?

—¡Muchoj año! Jué en la'el noventa y siete... ¡Era blancazo el viejo! Quedamo con la finaita mama. Teníamoj un campito qu'ella vendió ante e morir...

—¿Son muchos hermanos?

—Semo cinco. El menor soy yo. ¿Me da un cigarro?

—Sírvase.

—Gracia. Loj otro cuatro se jueron lejo. El mayor está pu'el Brasil, creo. ¡Lindo tabaco!

—Y usted, ¿quedó con la vieja?

—Hasta que murió, la pobrecita. Me quería mucho mama.

—¿Por qué está preso, Corrales?

—Cosa de loj hombre, amigo.

No era posible arrancarle a Corrales este secreto. Después de un silencio, le pregunté:

—¿Es casado, Corrales?

—¿Yo? No... Pensaba.

—¿Casarse?

—Justo.

—Con alguna muchacha del pago, seguramente.

—Sí.

—Cuente, Corrales, cuente.

—Risulta que yo andaba noviando con una hija'e don Pedro Cabrera, vecino'e casa. ¿Lo conoce?

—No tengo el gusto.

—Supo ser polecía. Empecé a poblar y me juí derecho a pedírsela al padre.

—¿Y él?

—Se riyó y me dijo que pa qué quería casarme, si yo sabía lo qu'era eso. Le contesté que tábamos noviando hacía tiempo, que yo la quería y ella tamién me quería.

—¿Aflojó?

—El viejo era porfiadazo. Siguió riyéndose. Pensé que me la quería negar y le dije que la reservaría pa un rico.

—Y el viejo se enojó.

—¡Si era güenazo! "¿Cómo te la viá negar, cristiano? —me dijo.— Sé que no le disparaj al trabajo. Pero no quiero que se casen tan pronto. Esperen un poco. Llevate la muchacha pa tu rancho, y prueben un tiempo. Si congenean, se casan".

—¡Macanudo!

—La llevé en cuanto pude comprar la cama.

—¿Congeniaron?

—Muy bien. Hace once año que tamo junto...

—¿Tienen hijos?

Corrales miró su cigarro, lo chupó, echó humo y dejó caer lentamente estas palabras:

—Ocho que viven y uno muerto.

—No fué mala la cosecha. ¿Piensa casarse con esa mujer?

—¿Con qué otra? Ya podemo casarno porque sabemo lo que senifica el matrimonio.

Un coro de carcajadas de los presos festejó la confidencia. Corrales los miró con una mirada de inocencia sorprendida. No comprendía la causa de aquella risa.

Doña Candelaria

DOÑA Candelaria vivía, acompañada por una negrita, en un rancho cercano al cementerio.

Barrio pobre, sembrado de piedras, oloroso de hinojos, defendido de tunas, sonoro de grillos y de perros.

El cabello de doña Candelaria se resistía a ponerse blanco; era ligeramente gris. Tenía, en cambio, el rostro arrugado como una pasa. Chiquita. Nariz afilada. Ojos que apenas se le veían. Cetrina. Desdentada. Manos largas y ásperas. Lento el caminar, como si fuera mirando donde ponía los pies, que el largo vestido negro ocultaba casi por completo. Hablaba con una suavidad que parecía acariciar las palabras.

Era viuda de un "teniente" Medina, caído en la guerra civil de 1897.

Tuvo un hijo al que llamaban "Mano Santa", no porque cultivara la misma ciencia que la madre, sino por su destreza en el manejo de los naipes. Era de lo único que parecía estar orgullosa doña Candelaria. Con placer informaba:

—Lo venían a buscar hasta de Florida y Canelones. Tenía manos de mujer. ¡Un primor para tallar!

A "Mano Santa", que sin duda no era un santo, lo mataron en una jugada. Desde entonces, doña Candelaria vistió siempre de negro. Cuando recordaba la muerte, el dolor que llevaba dormido en el alma se despertaba:

—¡Qué injusticia! Era tan bueno y tan alegre... Ganaba la plata que quería. ¡A lo que hubiera llegado m'hijo!

Y se secaba las lágrimas con una punta del manto.

* * *

Tenía doña Candelaria fama de curandera, con sus ribetes de bruja y celestina.

La gente de las orillas del pueblo la respetaba y le temía.

Los que vivían en el centro la despreciaban. Pero más de una señorita "bien" recurría a ella para que le quitara 'un peso de encima", y más de un señor adinerado, para que le buscara... remedio a sus insomnios.

Era especial en "daños", de los cuales conocía el pro y el contra. En caso necesario, hacía de partera. Curaba la tos, lo mismo que la pulmonía y la tisis. Ningún mal, por tenaz que fuera, podía resistirle. Y hasta pretendía dirigir a su antojo las misteriosas inclinaciones del corazón, virtud que le proporcionaba no pocos clientes.

Según ella, la "cencia" le venía de la madre, una criolla ladina para quien las enfermedades, del alma o del cuerpo, no tuvieron secretos.

Si doña Candelaria era vanidosa, tenía el buen gusto de disimularlo. Ejercía su profesión con una sencillez que rayaba en la humildad.

No necesitaba, por otra parte, tejer su propio elogio. La gente de los suburbios y alguna que otra persona semileída de más adentro, se encargaban de ello.

Había que oírlas:

—A Juanita, que "se me iba" en manos de los médicos, la dejó como nueva.

—¡Me lo va a decir a mí, que estuve un año en tratamiento sin sentir ningún alivio! Y total, ¿qué tenía? Simple "mal de madre", que la vieja me curó en quince días.

—¿Y lo que hizo con mi comadre Dorotea: devolverle al marido, después de cinco años de ausencia?

—Un verdadero milagro. Para mí que se entiende con el diablo.

—O con Dios. ¡Vaya a saberse!

—Es que hace cosas en las que sólo el diablo puede ayudarla.

—Sí, las hace. ¿Pero quién nos dice que no iban a ocurrir lo mismo?

—¡Y tan considerada que es! Si hay plata, bien; si no, con una yunta de gallinas, o algo por el estilo, se conforma.

—No tiene precio.

Así se encendía en el alma popular, fácil a la admiración, la fama de doña Candelaria.

* * *

El caso que le dió más prestigio fué el de Toto, mozo que se sintió atacado por un mal cuyo nombre hería los castos oídos de entonces.

Toto, hijo de familia distinguida, era un calavera empedernido. De un extremo al otro del pueblo corrían los comentarios de sus juergas, su audacia y su cinismo, bastante estimulados —digamos la verdad— por la consideración que sus "dos apellidos" despertaban en los vecinos y la justicia.

Acostumbrado a hacer de la noche día y del día noche, Toto no se cuidaba. Cuando, obligado por la enfermedad, quiso reaccionar, ya era tarde. Los médicos lo desahuciaron. Entre escéptico y esperanzado, recurrió a los servicios de doña Candelaria.

Y ella aceptó, segura de la victoria. Su primer cuidado fué inventar para la enfermedad un nombre que se pudiera decir sin rubor a los numerosos preguntones. Lo sacó, quién sabe de qué misterioso ángulo de su imaginación: "Peste india". El público, que nada tenía de científico, quedó satisfecho.

Durante meses, la vieja concurrió —mañana, tarde y noche— a casa de Toto. Casi vivía allí, con gran escándalo de las relaciones de la familia. Llevaba botellas con brebajes que ella preparaba. Se encerraba con el enfermo y pasaba horas enteras curándolo, nadie sabía cómo ni con qué.

El mal no cedía. Los allegados de Toto empezaron a desesperar. Los médicos que habían atendido al enfermo, decían en el club:

—Es una locura creer que esa charlatana puede salvarlo.

Pero un día, después de ruda lucha con la muerte, el paciente empezó a mejorar. Fué una mejoría lenta y penosa. Cuando al fin pudo salir a la calle (pálido, delgado, con paso vacilante), las gentes lo miraban como si hubiera resucitado.

Pasado algún tiempo, Toto volvió a ser el calavera sin cuya presencia no estaban completos los bailes de Capucho y de Juana Rodríguez.

Los hombres de ciencia mascaban en silencio su fracaso.

La lengua del pueblo destilaba miel de alabanzas.

Doña Candelaria cobró buenos pesos. La negrita que la acompañaba tuvo vestido y zapatos nuevos.

Sobre la tumba del llorado "Mano Santa", floreció una magnífica corona.

* * *

Pasaban los años y dejaban nuevas cargas de arrugas en el rostro de doña Candelaria. Se hacía más chiquita y más lenta. La voz parecía quebrársele. Para visitar a los enfermos, tenía que auxiliarse de los ojos de la negra, hecha mujer ya, porque los suyos veían cada día menos.

Una noche, cuando los gallos picoteaban la flor de la madrugada, quedó muerta en su cama. Sin haber estado enferma. Plácida la expresión. Como si estuviera contemplando el palacio encantado de un bello sueño.

La lloró mucho la negra, que no había conocido otra madre.

Horas después, decenas de pobres acompañaron el cadáver al cementerio.

Allá dejaron a doña Candelaria. Cubierta de elogios y de rezos. Junto a la tumba de su hijo.

Era una tarde opaca y fría. El viento de la cuchilla traía un desagradable olor de hojas muertas.

Los lamentos de la negra eran ahogados por la música lúgubre de los cipreses.

Por si Salgo, Político Sin Suerte

HABIA nacido y se había criado en el campo. Mozo ya, tocado misteriosamente por la ambición, se fué a vivir al pueblo.

Asimiló muy pronto las maneras urbanas; pero algo indefinible (el "no sé qué" de Feijoo) denunciaba siempre su origen campesino. El no se daba cuenta de ello, naturalmente; de haberlo notado, no habría tenido paz hasta quitárselo, como no la tiene un petimetre que observa una mancha en su traje.

Recibía algunas rentas que le permitían vivir sin preocupaciones económicas. Le gustaba la "alta sociedad", la buena mesa, vestir bien, hablar mucho y de todo, y otras cosas que sería fatigoso enumerar.

Pero, por sobre todo, le gustaba la política. Era su gran pasión. Su Dios, su moral, su estética. Por ella, él, que no deseaba tratarse sino con la gente "bien", descendía hasta el pueblo. Por ella pronunciaba discursos, discutía en cualquier parte, se inclinaba ante la omnipotencia de los caudillos, escribía cartas, sufría largas esperas en las antesalas de los personajes, iba, venía, se gastaba en una actividad incesante.

Devoraba las crónicas parlamentarias, que le parecían la más generosa fuente de cultura, y sentía por diputados, senadores, ministros, etc. —aunque no fueran de su mismo bando— una especie de veneración.

Su mayor aspiración —casi no necesitaría decirlo— era llegar a ser como los personajes que admiraba.

La meta más cercana de sus sueños era una diputación. En obtenerla puso su ruda tenacidad campesina.

No lograba nunca sino promesas. Se sucedían las luchas electorales sin que su nombre ocupara en las listas el lugar anhelado.

Inútil era que se inclinara más profundamente ante los caudillos, que pronunciara discursos en todos los rincones del departamento, que no faltara nunca a los actos que se realizaban en honor de los próceres del partido, que recorriera el pueblo, de norte a sur y de este a oeste, en fanática misión de propaganda política.

Otros, casi sin moverse, sin hablar, sin sacrificio alguno, y no siempre con mejores condiciones, se llevaban el premio de tantas fatigas...

Pero él, optimista incorregible, no se desanimaba. Esperaba siempre.

Le hacían nuevas promesas. Y su ingenuidad de campesino las paseaba por el pueblo, como si fueran banderas de victoria.

* * *

Por razones que me reservo, no diré su nombre, que mis conterráneos recuerdan aún.

Se contaban infinitas anécdotas —imaginarias la mayoría— de sus andanzas políticas. Una de esas anécdotas sugirió a alguien la idea de llamarle "Por si Salgo", apodo que le venía bien, pero que no se generalizó tanto como podía esperarse.

Era de corta estatura, trigueño, ceremonioso, enfático. Hablaba abriendo mucho la boca y moviendo los brazos, como si estuviera pronunciando un discurso. Uno de sus largos, encendidos y sonoros discursos, en los que toda palabra de alguna importancia parecía estar escrita con mayúscula.

Le conocí en mi adolescencia. "Por si Salgo" estaba entonces en plena madurez.

Se dedicaba —en los pocos momentos que la política le dejaba libres— a la defensa de presos. En favor suyo debe decirse que no cobraba nada por su trabajo. Lo hacía para conquistar voluntades que se convirtieran en votos el día de las elecciones.

Lo fuí a ver una vez, en nombre de un amigo mío que estaba en prisión.

—Comuníquele a ese joven —me dijo— que no lo olvido.

Dentro de muy poco tiempo, será libre. Así podrá acompañarnos en la lucha que se avecina contra el adversario tradicional y en la que ostentaremos, como siempre, la inmortal divisa del polaco: "Por nuestras libertades y por las vuestras".

"Por si Salgo" estaba enamorado de esa frase y la empleaba con una frecuencia superior a sus necesidades.

Me aventuré a preguntarle:

—¿Hay buenas perspectivas para su partido?

Y él, subido mentalmente a la tribuna, me contestó:

—Afirmo mi seguridad en el triunfo. Concibo días de gloria para nuestra amada patria, esta patria que tanto ha sufrido al ver las libertades públicas conculcadas y gravemente comprometido el porvenir. Se aproxima la hora de la justicia, hora en que podremos levantar con orgullo la cabeza ante las sombras de nuestros grandes muertos, de aquellos heroicos varones, dignos del bronce de la epopeya, que todo lo dieron por nosotros, sin reclamar premios.

—¿Será usted el diputado?

—Todavía no lo sé. Creo haber hecho algo por mi partido. Lo he servido con abnegación y desinterés. He seguido la trayectoria política de nuestros próceres. Me he dado todo a la causa...

—¿Su programa?

—¿Acaso no está en esas hermosas palabras que señalan el norte de mi actividad política: "Por nuestras libertades y por las vuestras"?

—Tiene razón.

—Veo que es usted inteligente. Sin libertad no hay nada, amiguito. Pero hay que ser amplios de espíritu. Por nuestras libertades...

—Ya lo sé, señor: la divisa del polaco.

Me fuí con una impresión poco favorable del político, cuyo programa se encerraba en una frase manida. En cuanto al defensor, no me atrevía a opinar.

Pero mi amigo prescindió pronto de los servicios de "Por si Salgo". Lo decidió alguien que fué a visitarlo y al enterarse de quien lo defendía, le aconsejó:

—Escapate, muchacho; ése te va a dejar morir en la cárcel.

No necesitó evadirse; le bastó nombrar otro defensor.

* * *

En esa espera que no se cansaba de esperar, llegó "Por si Salgo" a los sesenta años. Solo, porque la ambición política no le había dejado tiempo para crearse afectos íntimos.

Tenía una popularidad nada invidiable. Las gentes reían de su terca ilusión de ser candidato. Las burlas iban subiendo lentamente de tono. El no las notaba o fingía ignorarlas.

Por fin, una vez pudo lograr que su nombre figurara en el primer puesto de los candidatos a diputados de su partido. Lo que corrió aquel hombre, los discursos que dijo, las discusiones que sostuvo, las promesas que hizo, lo que gastó, en resumen, de energías, dinero y esperanzas, no es para decirlo.

Pero... el hado le era decididamente adverso. A último momento, el partido, picado por las oscuras rivalidades de los dirigentes, se dividió en dos fracciones irreconciliables. Estériles fueron los esfuerzos del candidato por limar asperezas. El mal no tuvo remedio.

Fué la única vez que el partido de "Por si Salgo" no logró ningún diputado por el departamento.

Nuestro personaje quedó, esta vez sí, abatido. Más en ridículo que antes. Parecía que los años vividos, con los cuales había luchado gallardamente hasta entonces, se le hubieran echado encima de golpe.

Poco después, desengañado de todos y de todo, se suicidó.

Lo velaron en un club de su partido. Lo cubrieron con la bandera nacional. Despidieron su cadáver con discursos. Pusieron coronas en su tumba.

¡Pobre "Por si Salgo"! Vivo, no había alcanzado una diputación. Muerto, era casi un prócer.

¡Qué tarde le devolvía el mundo lo que él, generosamente, le había dado!

La Gatita Rubia

RARA vez puedo evadirme de mi pequeño mundo. Me sujetan los invisibles hilos del recuerdo.

La imaginación me lleva al pueblo de mi infancia y mi adolescencia, por cuyas calles suelo pasearme como una sombra forastera. Sombra que sueña lo vivido y se duele de no poder vivir lo que sueña.

—¿De dónde vienes tú? —le pregunto a veces a la evocación que me hiere.

Y siento como si ella se acercara, temblorosa de emoción, y me dijera:

—He dormido muchos años en tí. Déjame volver a la luz.

Entonces obedezco y me pongo a escribir.

* * *

Sí, te recuerdo, niña alta, rubia y de ojos azules. Parlanchina. Burlona. Fresca como una flor y alegre como un pájaro. Blanda era tu voz de criatura mimada.

Tan joven eras, que la vida no te había hecho sino caricias. Las miradas cargadas de deseos que recogías al pasar te habían dado la medida de tu fuerza.

Gala de las fiestas, flor de las veladas, orgullo de las crónicas, sueño imposible de cuantos te conocían, a nadie extrañó tu triunfo en aquel concurso de belleza que realizó el milagro de sacudir la quietud pueblerina.

Pertenecías a una de las familias más encumbradas.

¿Cuántos hombres soñaban hacerte suya?

Tú los mirabas con la aparente inocencia de tus ojos azules, como si nada comprendieras. Feliz de la admiración que te seguía a todas partes. Más feliz aún de la envidia con que te rendían homenaje las otras mujeres.

Estabas llena de tí. El mundo eras tú. Si el sol y las estrellas brillaban, si daban su perfume las flores, si reían las aguas y las aves cantaban, era porque tú existías. Nada hubo antes de tí. Nada habría después.

* * *

Te llamaban Tota. Mis amigos y yo (nunca lo supiste) te decíamos "Gatita Rubia".

Algo de felino había en tu manera de jugar con los corazones que se rendían a tu encanto.

Te complacías en alimentar esperanzas con miradas y sonrisas; cuando tendían las alas hacia tí, una frase cruel o una burla que se comentaba varios días en el pueblo, las mataba de golpe.

Con absoluta indiferencia. Tal vez sin darte cuenta de lo que hacías.

Sí, estaba bien llamarte Gatita Rubia.

Mis amigos y yo te veíamos pasear todas las noches por la plaza.

Hermosa y lejana. Como una estrella. Para nuestros puros corazones juveniles eras la gota de miel en la amargura del pueblo. Un rayo de poesía cayendo sobre la prosa gris que nos rodeaba.

¡Ay! También eras la hiel...

Porque tú no reparabas en nosotros. Eramos pobres, vestíamos mal, carecíamos de la distinción de los salones y, además, teníamos la "chifladura" de los versos.

¿Cómo ibas a mirarnos? Ni siquiera sabías que existíamos.

Despechados, hablábamos mal de tí. No perdíamos ocasión de señalar un defecto tuyo, de poner de manifiesto tu superficialidad de coqueta y las hondas lagunas de tu deficiente cultura.

Sin embargo, hubiera bastado una mirada tuya para postrarnos a tus pies.

Pero éramos tan poca cosa que ni para objeto de tus burlas servíamos. Nos desquitábamos soñando con el amor de imposibles princesas. Y los sueños se convertían en versos.

¡Qué sorpresa la tuya, muchachita orgullosa, si los hubieras leído!

Habrías visto que todas nuestras princesas se te parecían.

Sin duda, no perdonarías que alguna vez soñáramos que te compraba el oro de un vulgarote cualquiera. Te casabas con él, tenías hijos y bostezabas de felicidad burguesa. Hasta que un día, limpia el alma de vanidad y desnuda de ilusión, te acordabas de un muchacho poeta que conociste en tu juventud y ese recuerdo —sin que supieras porqué— te iluminaba de lágrimas...

Pero tú no leías versos. ¡Qué habías de leerlos!

* * *

No recuerdo el nombre del último de tus pretendientes. Era hijo de un hacendado. Morocho, de ojos negros y ademán nervioso.

Iniciaste con él uno de tus "flirts" acostumbrados. Tus miradas y sonrisas le prometían un cielo.

Y cuando quería acercarse a tí, siempre encontrabas la disculpa oportuna para no oírle, o la compañera aleccionada que evitaba con su presencia la declaración.

Dos meses duró aquel terrible juego.

Dos meses que enloquecieron al pobre enamorado. No tenía en los labios otro nombre que el tuyo. Llenabas su vida. Su dios eras tú.

Cuando una noche alguien le reveló lo que decías de él a tus amigas y la proximidad de un viaje que no tenía otro objeto que el de librarte de su enojosa presencia, no podía creerlo, le pareció un mal sueño.

Ignoro lo que dijo o pensó de tí. Sólo sé que al día siguiente te mató y se mató.

Te ví por última vez en el féretro. Pálida. Con los ojos cerrados. Parecía dibujarse en tus labios el proyecto de una sonrisa.

Tenías el corazón partido por una bala. Aquel corazón que nadie había logrado conmover.

Estabas quieta y muda, acaso por primera vez. Hundida en un hondo lago de silencio.

* * *

Ya estás de nuevo en la luz, altiva y castigada criatura. La vida te hará notar cuánto has envejecido.

Todos, hasta tus amigos más íntimos, te habían olvidado.

Sólo yo, el muchacho a quien nunca miraste, guardaba amorosamente tu recuerdo.

Y no me importa saber que si yo hubiera sido el muerto, tú no habrías conservado la menor noción de mi existencia.

La Casa de "Mama Emeteria"

VUELVO a ver la casa de mi abuela paterna. Me detengo frente a ella, herido por los recuerdos.

Está casi en ruinas. No sé quién vive ahí, ni quiero saberlo. Para mí está vacía, sin alma.

Sin embargo, si me atreviera a entrar, acaso encontraría en sus oscuros rincones —ocultándose a las miradas profanas— restos de la callada dulzura de mi infancia.

Pero no me atrevo. Prefiero cerrar los ojos y retroceder en el tiempo hasta llegar a uno de aquellos días felices, tan hondamente grabados en mí.

* * *

Un cumpleaños de "Mama Emeteria". A las nueve de la mañana llegábamos mi madre y yo. Casi siempre éramos los primeros. La abuela ya estaba en el comedor, sentada en su sillón, tomando mate y dándole órdenes a la negra Braulia, que ese día, aunque tenía ayudantes en la cocina, multiplicaba su actividad.

Era "Mama Emeteria" una mujer de espíritu fuerte. Tenía elementales ideas religiosas que nadie hubiera podido arrancarle. Creía en la existencia del cielo y manifestaba deseos de poder llegar a él. Pero estaba en la tierra —en esta oscura tierra de pecado— la raíz de toda su energía.

Había visto morir a dos esposos y dos hijos (uno de éstos, mi padre). No se dejó vencer por la adversidad y llegó a casarse en terceras nupcias. No la abatieron tampoco otras desgracias que cayeron más tarde sobre ella. De sus luchas con el dolor, siempre salió victoriosa.

Fructuoso, el tercer marido, era un hombre demasiado joven para mi abuela. Ingenuo y alegre como un niño. Hijos,

nueras y nietos lo queríamos y nos permitíamos con él —tal era su carácter— toda clase de bromas.

Durante mucho tiempo fué ejemplar la adhesión de este hombre a mi abuela. Después... cambió. Aunque nos doliera el hecho —que venía a herir a "Mama Emeteria" en sus últimos años, cuando más necesitaba compañía y afecto, — reconocíamos que era lógico.

¡Pobre Fructuoso! Tantas veces que me acarició, que jugó conmigo, que me demostró su bondad, ¡y tan mal que lo traté la última vez que lo ví, hace veinte años!

Sírvame de disculpa que yo acaba de ver a mi abuela, postrada, pobre, claudicante el espíritu, sin más compañía que la fidelidad de perro de la buena Braulia.

Sigamos recordando el día feliz.

Aunque la pobreza de mi madre no nos permitiera llevarle ningún obsequio, mi abuela nos recibía con las mayores muestras de cariño. Quería mucho a sus nueras: tía Piedad, tía Leonarda, tía Angela. Pero sospecho que la preferida era mi madre, tal vez porque conocía muy bien el infortunio de su existencia.

A las diez de la mañana estábamos todos reunidos. Unas veinte personas, entre mayores y menores.

Se oían las estridentes carcajadas de tío Anastasio, las frases intencionadas de tío Nicomedes, las "agachadas" criollas de tío Isidro. Las mujeres reían o protestaban. Mi abuela intervenía oportunamente y apagaba el alboroto con un "ajo" magistralmente colocado. Porque le gustaba emplear, a veces, esas "malas" palabras que, en determinados momentos, resultan "buenas".

Pero un instante después se volvía a empezar.

Los nietos —once, entre varones y mujeres— nos reíamos oyendo todo aquello, aunque no siempre lográbamos entender lo que se decía.

Cuando nos cansábamos de estar con los mayores, nos íbamos al patio, a jugar. Fructuoso, que no tenía hijos, nos acompañaba con frecuencia. ¡Cómo nos divertíamos con él! Le tirábamos del pelo, lo pellizcábamos, lo echábamos al suelo...

El pobre hombre, cuando se veía mal, gritaba:

—Emeteria, ¡qué me matan estos muchachos!

Lo dejábamos. Se levantaba haciéndose el furioso. Nos decía algunas palabras fuertes y se iba.

Quedábamos tristes. Sentíamos haber ofendido a Fructuoso. Pero éste reaparecía a los pocos instantes, tan contento como siempre.

En la cocina se oían los pasos apresurados de Braulia y sus ayudantes. Llegaba un apetitoso olor a asado, a tallarines y, sobre todo, a pasteles. Por momentos dejábamos el juego y nos acercábamos a la puerta de la cocina.

No necesitábamos pedir para que la negra —de un carácter tan dulce como no he conocido otra— nos diera un pastel a cada uno.

Al fin llegaba la hora del almuerzo. Se tendían dos mesas: una en el comedor, para los grandes, y otra debajo del parral, para los chicos.

¿Cómo hablar ahora de la ruidosa y santa alegría de ambas mesas, donde veinte personas de la familia se reunían para festejar el cumpleaños de la abuela?

¿En qué idioma del corazón podría describir aquellas escenas, reproducir aquellas palabras que nunca más oiré?

¡Ay, "Mama Emeteria", cuán necesitado estoy de volver a vivir aquellos días, de ser bueno y puro como entonces, de sentirme mimado y feliz, de oír una voz como la tuya que me diga: "Si se porta bien, le voy a comprar zapatos nuevos"!

* * *

Después de almorzar, los niños volvíamos a nuestros juegos. A veces, alguno sentía demasiado los efectos del vino (pese a que nos lo daban mezclado con agua) y había que acostarlo un rato.

Los grandes se ponían a jugar al truco o al solo, por fósforos. Mis tíos Isidro y Nicomedes, que eran los poetas de la familia, matizaban el juego con oportunas "salidas" en verso. De pronto se le oía decir a uno de ellos:

Verde es el pimpollo
cuando está en botón,
pero en reventando
morada es la... "¡flor!"

Y le contestaba el otro:

Me dijeron que iba a medias,
pero a medias no me presto;
por eso cuando yo canto,
canto... "¡contra flor el resto!"

No es usual decir versos en el solo, pero ellos solían improvisarlos:

El que conoce el peligro,
ande de noche o de día,
su honor, su vida y su hacienda
"solo a la espada" confía.

Y el otro:

Guárdese el solo a la espada,
que "voy más" en la parada.

Las mujeres —salvo "Mama Emeteria"— no jugaban. Pasaban el tiempo comentando las novedades del pueblo, o hablando de las fiestas de iglesia, o mirando jugar.

De cuatro a cinco de la tarde, llegaba Eduviges Ramos, íntimo amigo de mi tío Isidro.

Era un hombre morocho, acicalado, con fama —no sé si merecida o no— de conquistador de mujeres.

El juego terminaba. La reunión se hacía ahora en la sala. Eduviges tocaba bien la guitarra y no cantaba mal. El hombre traía su instrumento y pronto entraba en funciones. Entonces, grandes y chicos empezábamos a bailar, excepto mi abuela que ya no podía hacerlo. Le gustaba enormemente el baile. A mí, que me negaba una vez a salir a bailar con mi prima Ubaldina, me dijo en tono severo:

—Baile, amigo. El que no aprende a bailar es un zonzo.

Es claro que un rato se bailaba y otro rato se conversaba.

Eduviges intercalaba alguna canción de moda entonces. Lo aplaudíamos al terminar y él agradecía con una sonrisa de hombre seguro de lo que hace.

Así pasaban agradablemente las horas. A las nueve de la noche besábamos a la abuela y nos despedíamos. "Mama Emeteria" tenía caricias para todos.

Regresábamos a casa. Antes de acostarme, yo le decía a mi madre:

—¡Qué lindo día pasamos!

Y ella agregaba:

—Gracias a Dios.

Me dormía feliz.

* * *

"Mama Emeteria", tío Anastasio, tío Nicomedes, tío Isidro, Angelita, Raúl, Ubaldina, ¿por qué se fueron ustedes sin nosotros?

¿Por qué no me hablan, si me ven sufrir frente a esta casa en ruinas, la casa donde fuímos tan felices y en la que hoy viven gentes que no son de nuestra sangre, ni ven las huellas que dejó nuestro paso, ni oyen el eco de las palabras que dijimos, ni llorarán cuando estas viejas paredes se derrumben?

Francisco

FRANCISCO es ahora un hombre de cincuenta y cinco años, alto, delgado, calvo, parco en palabras y, aparentemente, sin interés por nada.

Estoy seguro, sin embargo, de que en su intimidad se oculta un puro y fresco manantial de emoción. Tiene Francisco un alma ambiciosa y ardiente, cuyos impulsos anula su acerada y misteriosa voluntad de "no ser".

No se me pidan pruebas de lo que digo. Lo he adivinado en las pocas palabras de Francisco, en su callar grávido de evocaciones, en sus ojos, que en algunos momentos se pierden en mundos desconocidos.

Y eso es, precisamente, lo que me decidió a escribir algo acerca suyo.

Cuando le comuniqué mi proyecto, se extrañó:

—¿Qué ves de interesante en mí?

—Tu silencio, hermano.

—¡Vaya una ocurrencia!

—¿Me permites que escriba?

—Si es tu gusto... Pero ha de ser sin dar mi verdadero nombre. Tengo horror a las letras de molde. Además... la gente del pueblo... Tú me entiendes...

—De acuerdo. Te llamaré Francisco, ¿te gusta?

—No me importa. Y algo más: No me cansarás, como otras veces, con preguntas inútiles, porque no las contestaré.

—Está bien.

Cumplo hoy mi propósito.

* * *

Francisco es hijo (creo que el menor) de una vieja familia de mi pueblo. De aquellas buenas y sencillas gentes

que querían vivir y morir donde habían nacido, como las plantas de su tierra. Como los cerros, siempre inmóviles. Como el molino, que se cae de viejo. Como el arroyo, que repite sin cesar la misma canción.

Francisco no pensaba así. Era, según se decía, inteligente, pero de "mala cabeza".

Cuando salió del colegio no quiso someterse a la disciplina del taller que le esperaba. Pronto sintió que el pueblo le quedaba chico.

Quince años tenía cuando fugó de la casa paterna y se lanzó a conocer mundo. Inútiles fueron todos los esfuerzos realizados para encontrarlo.

¿Qué buscaba en la vida su desbordada adolescencia? Nunca he podido saberlo concretamente. Cuando interrogo a Francisco a este respecto, sale del paso con una frase vulgar en cuya sinceridad no se puede creer.

¿Con qué desengaño topó en el mundo, que mató en él toda esperanza?

Francisco calla cuando se lo pregunto. O me dice:

—No quieras hacerme objeto de poesía. Soy todo prosa, te lo juro.

Pero estoy convencido de la falsedad de su juramento.

Aquella fuga fué, durante muchos días, el tema obligado de las buenas gentes pueblerinas y el motivo de las aburridas reflexiones de los moralistas al por menor.

Los padres lloraron, como es natural, la ausencia del hijo ingrato. Y también como es natural, se resignaron. ¿Qué más podían hacer?

El tiempo empezó a llover olvido sobre el asunto.

A veces lo recordaban noticias que venían sin saberse de dónde: Francisco estaba bien empleado en Buenos Aires... o en la más espantosa miseria en Montevideo... o preso... o enfermo...

En realidad, nadie sabía nada de él.

Parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

* * *

Un día —muchos años después de su partida— apareció de nuevo en el pueblo. Tan misteriosamente como se había ido. Se ignoraba de dónde venía.

Los padres eran muertos ya. Los hermanos estaban casados. El hogar, deshecho.

Francisco instaló un tallercito. Sin que nadie supiera cómo, cuándo ni dónde, había aprendido el oficio familiar.

Las gentes recordaron otra vez su fuga. Algunos lo fueron a ver, estimulados por la esperanza de oír relatos extraordinarios.

Pero a Francisco no le gustaba hacer relatos. Muy pronto los decepcionó.

Yo, muy joven entonces, también fuí a conocer a Francisco. Era para mí un personaje de novela.

Tuve la suerte de iniciar con él una amistad que, pese al tiempo y la distancia, tiene hoy la misma firmeza de aquellos días.

De nuestras largas y frecuentes conversaciones sólo pude sacar en limpio que Francisco había vivido en varias ciudades del Uruguay, el Brasil y la Argentina. Conoció diversos oficios. Su orgullo viril le impedía quejarse, pero no era difícil notar que había padecido.

¿Amores? Cuando le preguntaba ésto, Francisco cambiaba, si podía, de conversación. Si no podía, me contestaba:

—Siempre hay mujeres en la vida de un hombre. Imagina lo que quieras. No puedo decirte más.

—O no quieres.

—Es lo mismo.

Sin dejarme vencer por el desaliento, seguía interrogándolo:

—¿Qué te arrancó del pueblo?

—El deseo de conocer un poco el mundo. ¿No hacen lo mismo los ricos? Yo, sin ser rico, viajé. Esa es mi hazaña.

—¿Crees haber ganado algo con ese conocimiento?

—No me lo he preguntado.

—¡Debe ser lindo viajar, ver otras gentes, otras tierras!

—En todas partes se vive, se trabaja, se muere...

—¿Por qué volviste?

—No lo sé. Tal vez se vuelve siempre... o se intenta volver...

—Supongo que te quedarás en el pueblo.

—Me quedaré. Como los míos, envejeceré y moriré aquí.

—No se justifican, a tu edad, esas palabras, esa tristeza, ese desánimo.

—¿Qué sabes tú, qué sabe nadie si se justifican o no? ¿Quién te ha dicho que estoy triste ni desanimado? Por otra parte, se tiene la edad que se vive. Hay quienes son todavía niños a los cincuenta años.

—Pues yo, me iré muy pronto de aquí. No puedo aguantar más esta vida.

—Cumple tu destino.

—Espero verte casado cuando vuelva.

—Espero que no vuelvas.

Cuando se hizo realidad mi proyecto, fuí a despedirme de Francisco.

Nos dimos un abrazo. Creo que él estaba tan emocionado como yo.

Pero no me dijo nada.

* * *

Cada vez que voy a mi pueblo, visito a Francisco.

Trabaja lo suficiente para vivir a cubierto de las necesidades.

Vive solo, en una casita donde no faltan comodidades.

Muy pocos son sus amigos. En general, se le cree neurasténico o maniático.

—Cásate —le digo algunas veces. La soledad es mala consejera.

—¿Dónde voy a encontrar una compañera tan callada como ella? —me responde.

Tiene los mismos libros que le conocí al principio de nuestra amistad: Marco Aurelio, Séneca, Pascal, la Biblia, "La Divina Comedia"...

—Encuentro en ellos todo, ¿para qué leer más? —me explica.

Nadie le ha conocido novia. Sus paseos son al campo. Le gusta vagar por los cerros o echarse a descansar en el monte. No pesca ni caza.

—No soy asesino —dice, cuando se le proponen esos deportes.

Tiene dos canarios cantores que, según él afirma, son su radio, su club y su familia.

El pueblo se hace grande. Se fundan nuevos centros sociales. Se abren modernos comercios. Se levantan costosos edificios. Se les cambia el nombre a las calles. Háblase de la próxima demolición del abuelo molino. Los ingenieros han desfigurado al inocente arroyo que no ha cometido más pecado que el de cantar. A la vieja Cachimba la han remozado y le llaman ahora, me parece, Recreo Municipal. Los ómnibus gritan a toda hora su invitación al viaje. La prosa turística mancha la poesía del más hermoso de los cerros.

La gente, en fin, vive con más prisa y más ambiciones que antes.

El pueblo se transforma en ciudad.

Sólo Francisco permanece incambiado. Fiel a su ayer. Inmóvil en medio de la agitación que le rodea.

¿Sueña acaso? ¡Quién podría saberlo!

Lo cierto es que envejece. Y se irá un día con lo que calla, a contárselo a la tierra.

El Guitarrero y el Brujo

DELGADO, de alta estatura, cabeza blanca, mirada tierna y palabra lenta, —como si le costara esfuerzo expresarse— así era don Timoteo.

Igonoro si en su vida había hecho otra cosa que tocar la guitarra. En realidad, sé muy poco de él.

Lo vuelvo a ver ahora en uno de aquellos bailes de los suburbios de mi pueblo, pulsando su instrumento, sentado en la única silla que tenía asiento de paja y descansando uno de sus pies en un banquito que llevaba siempre consigo.

Don Timoteo era el músico más popular entre aquellas gentes humildes. Tal vez porque también era el que cobraba menos.

Por "quince reales" tocaba —salvo las breves pausas que hacía para liar un cigarrillo o beber una copa— desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana.

Estaba, si no orgulloso, por lo menos satisfecho de su arte. Para él la guitarra era una herramienta con la cual se ganaba el pan. Cierta vez le oí decir que en un mes había cobrado treinta pesos.

Y se me ocurrió observar:

—Veinte noches sin dormir, don Timoteo. ¡A sus años!

—Estoy acostumbrado.

Casi siempre callado, con la gravedad de quien cumple un sagrado deber, la única preocupación de don Timoteo era dejar contentos a los bailarines. No desoía ningún pedido.

—Don Timoteo, —le decía alguien— siga ese valse, que empiezo a entrar en calor.

O bien:

—Metalé un poquito más a la mazurca.

—¡A ver un pericón, para que se luzcan los dueños de casa!

El buen viejo accedía sin oponer reparos.

Ningún suceso lograba arrancarlo de aquella calma que parecía comprenderlo todo. Cuando se producían incidentes (lo que no era raro) y salían a relucir las armas, ponía la guitarra debajo de un brazo, el banquito debajo del otro, y se retiraba discretamente.

Pasada la tormenta, volvía a su sitio y seguía tocando sin demostrar ninguna alteración ni hacer comentarios.

Hasta poco después de la media noche, conservaba más o menos bien el dominio de sus dedos. Pero cuando empezaban a cantar los gallos de la madrugada, sus muchos años eran atropellados por el sueño, y las notas, como niños traviesos, se burlaban del músico.

Más de una vez se detenían los bailarines en la vertiginosa carrera de un vals, el nervioso zarandeo de una polca o el trotecito dormilón de una mazurca, porque don Timoteo erraba el golpe que dirigía a las cuerdas, o lo daba donde no debía.

—¿Qué pasa, don Timoteo?

—¡Viejito flojo! Ya se nos está durmiendo.

—Trainganlé una copa que lo despierte.

Don Timoteo abría los ojos, bebía y continuaba tocando sin decir palabra.

Y así lo encontraba el día. Llegaba al baile primero que nadie y era el último en retirarse de él.

No pocas veces he pensado en su calma, en su silencio, en las noches que pasó sin dormir para divertir a otros por "quince reales", en las escenas trágicas o alegres de las que fué testigo, en los juramentos de amor que se hicieron al son de su guitarra...

¡Pobre don Timoteo! Hace mucho tiempo que pagó el natural tributo a la muerte. Es muy difícil que alguien lo recuerde aún.

Pero yo, que amo estas figuras humildes que la historia desdeña, me complazco en evocarlo.

Sé que con estas líneas no pago la emoción que su recuerdo me trae, como un perfume que llega en las alas viajadoras del viento.

* * *

Representaba unos cuarenta años. Flaco, desgarbado, mal vestido.

Sobre la espalda llevaba siempre una bolsa, cuyo contenido no pudimos saber jamás, y en la mano derecha un palo con el cual nos amenazó muchas veces. En la cabeza, un sombrero roto, de color indefinible y alas caídas.

¿Cuándo había llegado aquel hombre a poner una nota extraña en las calles del pueblo?

¿De dónde venía? ¿Quién era?

Se nos dijo que era ruso. Nada más sabíamos de él. Ni siquiera de qué vivía.

Pero nos llamó la atención su figura y empezamos a seguirlo, fijos los ojos en él. Era muda nuestra curiosidad. Pese a ello, lo molestó tanto aquel insistente mirar, que un día nos amenazó con el palo.

Nos sorprendimos al principio, pero pronto reaccionamos. Con esa facilidad que tienen los muchachos para encontrar un mote, le rebautizamos. Y empezamos a gritarle:

—¡Brujo! ¡Brujo!

Tal vez el ruso no conocía el significado exacto del vocablo, pero comprendió que lo ofendíamos.

Dejó el palo y la bolsa en el suelo y empezó a recoger piedras que lanzó luego contra nosotros.

Fué llamarnos a nuestro juego. Tomamos posiciones estratégicas y la guerrilla quedó iniciada. Por fortuna, ni él ni nosotros hacíamos blanco.

Aquella lluvia de piedras despertó la alarma del vecindario y atrajo la atención de la policía.

Nos apresuramos a alejarnos del lugar y sospechamos que el "enemigo" haría lo mismo.

Desde aquel momento la guerra entre el ruso y nosotros (media docena de muchachos de diez a trece años) estaba declarada.

Poco a poco, nuestro "ejército" fué aumentando con nuevos "soldados" que se incorporaban voluntariamente..

Donde nos encontrábamos con el extraño, si no había guardia civil a la vista, combatíamos.

Nuestro grito de guerra era:

—¡Al brujo! ¡Al brujo!

Salíamos a buscarlo con los bolsillos llenos de piedras.

El ruso peleaba bravamente y sin duda nos insultaba, pero no entendíamos su lengua.

Caían hechos añicos los vidrios de las ventanas y los de los faroles de la calle. Entonces intervenían los vecinos jurando matarnos a todos... si nos alcanzaban.

A causa de la intervención de los vecinos o de la policía, las peleas quedaban siempre sin que nadie pudiera anotarse un triunfo total, definitivo.

Algunas pedradas recibía el "enemigo". Algún blanco hacía él en nosotros. Pero nadie quedaba fuera de combate.

Una vez, sin embargo, nos asustamos seriamente.

A los pocos minutos de "fuego", una piedra del ruso dió en la cabeza de un compañero. Cayó éste bañado en sangre. Hubo que curarlo en la farmacia. La policía nos detuvo a todos. Nos pusieron en libertad al poco rato. Al ruso lo tuvieron veinticuatro horas preso.

Aquello no logró atemorizarnos. A los tres días, las calles del pueblo volvían a oír nuestro grito de guerra:

—¡Al brujo! ¡Al brujo!

Esto duró no sé cuanto tiempo. Una tarde, la casualidad me puso frente al ruso.

Paseaba yo por la costa del arroyo. De pronto, ví a nuestro enemigo. Estaba sentado junto a un árbol.

Si yo hubiera estado con mis compañeros, no hubiera vacilado en provocarlo. Pero estaba solo... Pensé seguir de largo.

Sin embargo... sería lindo realizar aquella hazaña. Tomé unas piedras y traté de acercarme hasta donde fuera prudente. No erraría los tiros. Cuando el ruso quisiera reponerse de la sorpresa, yo estaría lejos.

El hombre no me veía. Tenía la cabeza engarzada entre las manos largas y huesudas.

Me acerqué más. Creí oír algo... Sí. Sollozos apagados, como con sordina, salían del pecho de aquel hombre.

Me convencí. ¡El ruso estaba llorando!

Al principio quedé sin saber qué pensar. Luego una confusa emoción me dominó. Lástima, arrepentimiento, solidaridad con el dolor ignorado... ¡qué sé yo!

¿Qué penas mordían el alma de aquel extranjero?

Quise hablarle. Pedirle perdón. Solicitar su amistad. Pero no me atreví.

A la noche conté a mis amigos lo que había visto. Algunos no quisieron creerme. Ni aceptar la tregua que les pedí.

Lo cierto es que dejé de molestar al Brujo. Cuando pasaba a mi lado lo miraba con un simpatía que él ni siquiera soñaba.

No sé cuándo desapareció del pueblo.

Pero la visión de aquel hombre que lloraba a la orilla del arroyo serrano, quedó grabada en mí. Para siempre.

El Alma Pura de una Mujer Perdida

EL Tiburón estaba preso. Yo iba a visitarlo con frecuencia. Me atraía su alma áspera, pero ingenua. Mi curiosidad casi infantil lo acribillaba a preguntas. El se sentía satisfecho del interés que yo demostraba por su vida.

Un día me pidió:

—Andá a ver a Teresa, hermano. La china se queja de que no la visitan.

—Sí, pero...

—¿Qué?

—¿Qué le digo si se me pone a llorar?

—Vos sabrás. ¿Para qué has leído tanto libro?

—¿Quieres a esa mujer?

—No, le tengo lástima. Y no quiero que ande rodando por ahí.

—Parece buena.

—Parece. Le han dado muy mala vida.

—¿Dónde la conociste?

—Es largo de contar. Algún día te lo diré. ¿Irás a verla?

—Iré.

* * *

Veinticinco años tenía Teresa. Era rubia, alta y graciosa. Vivía en un rancho del romántico barrio del molino.

Cuando llegué, estaba hojeando una revista. A su lado, sentado en un banquito, se aburría un "gurí" de la vecindad que le hacía los mandados y la ayudaba en las tareas domésticas.

Al verme entrar, la mujer se levantó con vivas muestras de alegría.

—¡Al fin! —dijo.— Creí que ninguno de ustedes se acordaba de mí.

—No había motivo.

—¿Por qué no venías?

—Porque da tristeza venir aquí y no ver a...

—¡Pobre mi negro! Sentate.

—¿Estabas por salir? Te veo muy arreglada.

—Fuí esta tarde a despedirme de una prima que se casa. Anita Barrios, ¿la conocés?

—No.

—Es tan buena, que quiso verme... Nos criamos juntas...

—¿Cuándo se casa?

—Esta noche. Yo fuí cuando no había extraños en la casa. Lloramos las dos. ¡Quién iba a decir que tendríamos un destino tan distinto...! ¿Querés tomar mate?

—Bueno.

La mujer se puso a preparar el mate. El chiquilín salió al patio y anunció:

—Se viene l'agua. ¡Hay cada relámpago!

—Andate y vení mañana a las ocho, —le ordenó Teresa.

El muchacho se despidió con un "ta mañana" y salió corriendo hacia la calle.

Hubo un breve silencio. La mujer, al ofrecerme el primer mate, me preguntó:

—¿Cómo lo encontrás a mi negro?

—Bien. No lo mella la cárcel.

—Yo sé que el pobre sufre.

—Sin duda, pero sabe disimularlo.

—¡Es tan hombre!

—¿Lo quieres?

—¡Con toda el alma! Es más bueno que el pan... aunque, naturalmente, tiene su genio. Ya ves, ni estando preso deja que me falte nada. ¡Si vos supieras todo lo que ha hecho por mí!

Lágrimas temblorosas se asomaron a los ojos de Teresa. Traté de consolarla:

—No debes llorar. Saldrá pronto en libertad.

—¡Si no es por eso! Estoy pensando que un día me dejará, que volveré a la vida de antes —dijo la mujer, ya deshecha en llanto.

—¡Vaya un disparate!

—Se casará con Maruja, la novia. ¿Te pensás que no estoy enterada?

—Son ideas tuyas. El Tiburón no sirve para marido. Maruja es para él un recuerdo de infancia; la conoció en el colegio.

—¡Un recuerdo! Yo sé quien es Maruja.

—¿La conoces?

—Fuimos vecinas cuando yo vivía con mis padres. Es mayor que yo. Tiene casi treinta años.

—¿Tantos?

—¿A vos también te parece una nena?

—Me es indiferente.

—Yo sé muchas cosas de Maruja.

—Si las sabes, no se las cuentes a tu hombre. Es un consejo de amigo.

—¡Se las diré! ¡No le tengo miedo! ¿Ves como vos también sabés que está bobo con Maruja?

—Yo no sé nada.

—Mirá...

En vano pretendí detener aquel torrente empujado por los celos. Teresa dijo horrores de la novia del Tiburón. Al fin, desahogada, calló.

Miré la revista que había puesto sobre la mesa y le pregunté, no tanto por curiosidad, cuanto por cambiar de tema:

—¿Estabas leyendo?

—Mirando las figuras. No sé leer. ¡Hay unos nenes tan preciosos!

—¿Te gustan los nenes?

—Con locura.

—¿Por qué no tienes uno?

—Por... ¿qué podría hacer yo con un hijo?

En el techo de zinc empezaron a caer gruesas gotas de agua. Pronto se desencadenó una lluvia torrencial.

Dejamos de tomar mate y nos acercamos a la puerta de calle, que permanecía abierta. Mudos. Con los ojos perdidos en la noche.

Ella rompió el encanto de aquel momento preguntando no sé qué tontería.

La miré con fastidio. Y no le respondí.

Volvimos a quedar en silencio, agujereando la noche

con los ojos. ¿Cuánto tiempo estuvimos así, como hechizados por la lluvia?

Reaccioné. Me volví a la habitación. La mujer cerró la puerta y me siguió.

—Dame mi sombrero, —le dije.

—¿Qué? ¿Pensás irte?

—Es tarde ya.

—¿Con este aguacero?

—No lleva miras de parar en toda la noche.

—Esperá un poco más. ¿Tenés tanto apuro?

Encontré mi sombrero; pero ella me lo quitó de las manos y lo tiró sobre una silla.

—No seas porfiado.

—¿Y si la lluvia sigue?

—Te quedás.

—¿Aquí?

—Aquí. ¿Tenés miedo?

Miré con ojos asombrados la única cama que había en la habitación y sobre la cual dormía su sueño sin sueños una muñeca que Teresa llamaba cariñosamente "M'hijita". Miré luego los ojos de Teresa y los ví tan límpidos, tan inocentes, que toda sospecha desapareció de mi espíritu. Acepté. Discutimos aún, porque ella quería cederme la cama. Convinimos, al fin, en que ella dormiría en la cama, sobre unas mantas, y yo en el suelo, a su lado, sobre el colchón.

Teresa salió al patio para que yo me acostara.

Luego vino, apagó la luz, se quitó las ropas y se acostó.

—¿Sabés de qué me acuerdo?

—¿De qué?

—Del tiempo en que yo estaba en casa y mi hermano, cuando venía de afuera, se acostaba al lado de mi cama, en el suelo.

—¿Tienes un hermano?

—Tuve. Al pobre lo mataron hace años. Era feo como vos. ¡Y tan bueno! Si él hubiera vivido, otra sería mi suerte...

Al fin nos dormimos. Con el alma limpia de malos pensamientos. Como dos hermanos.

* * *

El primer rayo de sol que entró por la rendija de la puerta, me hizo abrir los ojos. Sorprendí a Teresa sentada a mi lado, pasándome suavemente la mano por los cabellos. No me pareció la misma. Estaba transfigurada por la dulzura. Dulzura de madre o de hermana. Me arrepentí de haber despertado. Teresa se ruborizó como una niña. Tomé una de sus manos y se la besé. Me faltó coraje para decirle, contagiado por su honda ternura, la palabra que encerraba cuanto yo sentía en aquel instante y que acaso ella, conmovida, esperaba:

—¡Hermana!

Pero estoy seguro de que me comprendió. Las lágrimas se asomaron a sus ojos.

Aquella "perdida", maltratada por los hombres y despreciada por las mujeres decentes, tenía un alma pura y luminosa. Como el sol que nos alumbraba.

Capincho

TENIA veintidós años. Era alto, flaco, morocho, desgreñado, casi sin dientes. Feo, en una palabra; pero de una fealdad que no chocaba, antes bien, atraía sin que uno supiera por qué.

Le decían Capincho. Creo que él mismo había olvidado su verdadero nombre, porque, cuando le presentaban a una persona, se apresuraba a decir:

—Capincho, para servirlo.

Lo conocí una lejana noche de luna pueblerina, juventud y serenatas, que ahora me parece más soñada que vivida.

Fuímos amigos. Me atrajo en él, antes que su natural simpatía, algo grave y hondo que no sabría definir. Nos hicimos mutuas confidencias. Conocí su breve historia, que me conmovió, como todas las historias dolorosas de estas vidas que no tienen historiadores.

Capincho era peón de albañil. Vivía con su madre, que era lavandera. La única hermana que tenía se había ido del pueblo con no sé que rufián. Nada se sabía de ella.

El padre dejó, al morir, un pedazo de campo poblado de ovejas. Pero la ignorancia de la madre la hizo caer en las garras de un procurador rapaz a quien —ignoro por qué— llamaban "Está Bien".

Salvaron del naufragio unos pesos con los que compraron la casita casi centenaria en que vivían. Esta casita estaba ya hipotecada —cuando conocí a Capincho— al mismo aprovechado procurador.

De mis largas conversaciones con Capincho saqué en conclusión que la alegría exagerada de que hacía gala, y que todos celebraban como un don, no era sincera. Ocultaba

en realidad un fondo de disconformidad, de amargura casi, que no era improbable que un día estallara.

Capincho me descubría francamente su alma. Un día, después de un largo silencio y como si reanudara una de sus confidencias, me dijo:

—No, no me conformo con lo que me pasa. ¡Si vos vieras cómo trabaja la pobre vieja! Y todavía se le agrega la preocupación por la sinvergüenza de mi hermana. ¿Por qué será tan triste la vida para algunos?

—¿Ayudas a tu madre?

—En lo que puedo. Pero vos sabés, no hay siempre trabajo; cuando hay, pagan una miseria. ¡Y no sé hacer otra cosa!

—No hay que afligirse.

—Sí, es fácil consolar.

—Te comprendo, hermano. Yo también...

—Vos conocés la pobreza, no la miseria. Estamos como metidos en un pozo del cual no saldremos nunca. ¡Es horrible! La lavandera..., el peón..., la prostituta... ¿Cómo escaparse de eso?

* * *

Cuando supe que la madre de Capincho había muerto, resolví ir al velorio. Me acompañaron Manacho y Tadeo.

La casa de Capincho estaba en la calle Tapes. A sus costados se abrían grandes baldíos que de día aprovechaban los muchachos para sus juegos y de noche los que tenían motivos para huír de la franqueza del foco de luz que brillaba en la esquina próxima.

La puerta de calle estaba entornada. La empujamos suavemente y nos inclinamos para no darnos la cabeza contra el dintel.

Nos sentamos frente a dos ancianas que conversaban animadamente.

La pieza donde se velaba el cadáver era, como la otra que completaba la casa, de muros de ladrillo desnudo, piso de tierra y techo de paja.

Al fondo estaba la cocina, rústica construcción de madera y lata. Y entre la cocina y las habitaciones, un estrecho patio poblado de plantas, único lujo que pueden permitirse los pobres.

En el centro de la pieza, estirada en el negro cajón, teniendo entre las manos una cruz de madera, estaba la madre de Capincho. No era muy vieja, pero los sufrimientos y el trabajo la habían desgastado enormemente.

Creo que fué entonces cuando pensé por primera vez en el triste destino de estas vidas que se encienden y se apagan sin ruido. ¿Para qué vienen al mundo? ¿Qué queda aquí de sus sueños, de sus luchas, de sus amores, cuando la tierra les tapa la boca y el alma se les llena de silencio? Lágrimas que el aire seca rápidamente, flores que se marchitan antes que los gusanos hayan empezado su lúgubre festín, palabras que se olvidan... ¡Ah! ¿No es esa la muerte total, la más definitiva de las muertes?

De pronto entró en la pieza "Está Bien", el procurador. Sin que dijera nada, se adivinaba que sólo estaría allí unos instantes, por "cumplir". Miró a todas partes con aire de desdeñosa superioridad y se quedó de pie, cerca de la puerta, jugando distraídamente con la cadena de oro del reloj.

Era un hombre de unos cincuenta años, de corta estatura, canoso, ojos chicos y duros y un envidiable aspecto de salud y vigor físicos. Como los ojos de la muerta no habían querido cerrarse, se acercó y los tapó con sendas monedas. Le molestaba, sin duda, que lo miraran, aunque ya no tuvieran vida. Luego, tranquilizado, volvió a su sitio. Pero a los pocos minutos desapareció.

Casi inmediatamente se puso en pie la rezadora y todos la imitamos. Aquella mujer alta, pálida, vestida de negro y con cara de sufrimiento, se hizo la señal de la cruz y empezó:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Pensé si Dios, a quien tantas ofrendas y ruegos se le hacen, podría distinguir, entre el enorme estruendo del mundo, las súplicas que partían de aquella casita insignificante de los suburbios minuanos. ¿Quién era la muerta? ¿Quiénes los que rezábamos por ella?

Terminó el rezo. Las pocas muchachas que había en el velorio cuchicheaban y reían.

La viuda Antonia, fresca y arrogante todavía, contaba a quien quería oírla lo último que hizo y dijo "la finadita".

Salimos al patio a fumar.

—Tenemos que ver a Capincho.

—Debe estar muy afligido. Quería mucho a la madre.

Sin ruido, sin palabras, como lanzado por la noche, Capincho apareció junto a nosotros.

—¡Hermano!

—Hay que aguantar, amigo.

Capincho se dejó abrazar sin decir nada. Luego se perdió en la sombra y regresó al poco tiempo con dos bancos y una botella de caña.

Bebimos un trago. Nos sentamos. En silencio. Parpadeaban las estrellas en el cielo. Ladraba algún perro de la vecindad. Se oía el cercano estruendo de las máquinas de la Usina de Luz Eléctrica. A todo esto se mezclaban murmullos de rezos, fragmentos de conversaciones, risas ahogadas...

Inquietaba la sombría expresión de Capincho y la frecuencia con que bebía. Estaba desconocido. Algo le roía la conciencia y deseaba olvidarlo. Como nada nos decía, no nos atrevíamos a hablarle.

Lentas, monótonas pasaron las horas.

Empezaban a huír los pájaros de la noche, cuando Capincho nos habló:

—Vayansén, descansen un poco y vuelvan para el entierro.

—¿A qué hora es?

—A las nueve y media.

—¿Necesitás algo?

—Estar solo un rato.

* * *

Volvimos a la hora indicada. Ya estaba el carro fúnebre en la puerta. Ayudé a subir el ataúd y cuando el vehículo se puso en marcha, las doce o quince personas que formábamos el cortejo lo seguimos.

Capincho, más sombrío aún, iba al lado de Tadeo. En primera fila, luciendo un elegante traje gris, vi al repugnante "Está Bien".

A pie, siguiendo el carro fúnebre, llenándonos de polvo, sudando, repechando calles punteadas de ojos curiosos, acompañamos el cadáver de la madre de nuestro amigo.

Cuando llegamos, sacaron el cajón y lo llevaron al fondo del cementerio, donde el cuerpo de los pobres se confunde más rápidamente con la tierra.

El sepulturero abrió el féretro, echó sobre el cuerpo inmóvil un poco de cal y volvió a clavar la tapa. Después, valiéndose de unas cuerdas, depositó blandamente el cajón en el fondo de la fosa recién abierta. A continuación tomó una pala y empezó a echar tierra sobre la pobre muerta.

"Está Bien" daba resoplidos. Capincho estaba mudo, inmóvil, sin una lágrima.

Ya no quedaba nada que hacer. Llevamos a Capincho hasta su casa. Le prometimos volver de noche, a hacerle menos angustiosa la soledad.

Y así lo hicimos. Pero Capincho no estaba allí. Lo buscamos, preguntamos a los vecinos, dimos cuenta a la policía. Todo inútil.

Al día siguiente, un lechero nos dió la noticia. Capincho estaba allá, en la costa del arroyo serrano donde jugó tantas veces, colgado de un árbol.

Lo ví con la lengua fuera, iluminado por los primeros rayos del sol.

Y no se me ocurrió pensar en Judas, sino en Jesús.

Olegaria Machado Amor

LOS minuanos de nuestra generación literaria cometimos un pecado juvenil que es, acaso, lo único que enturbia este sereno y melancólico regreso otoñal a los recuerdos del terruño.

Jamás pensamos, en los días de primaveral embriaguez, en quienes antes que nosotros habían andado por el mismo camino.

Nunca tuvimos un recuerdo para los que en Minas nos habían precedido en esta tarea, grata y dolorosa a la vez, de volcar en verso o en prosa lo que se siente y lo que se piensa.

No era vanidad ni ingratitud la nuestra. Era... ignorancia. Despreocupada ignorancia de muchachos que sólo tenían ojos para el futuro y no sospechaban el impulso generoso de un pasado relativamente cercano, pero desconocido.

No sabíamos que la perfección clásica de la "Epístola a Doricio", de don Bernardo P. Berro, había sido lograda en la sonriente campiña de Casupá. No habíamos leído los versos de don Julián Amor, don Juan Gualberto Zabaleta (uno de los mejores poetas minuanos del siglo pasado), don Honorio B. Juncal, don Fausto E. Fernández (el festivo cantor de las excelencias de la caña), don Tomás Peloche (el gaucho que fué analfabeto hasta los 36 años) y tantos otros.

Hoy los buscamos afanosamente; pero se nos pierden en la sombra que los guarda, vengándose así de nuestra indiferencia de ayer. Apenas nos dejan conocer algún dato de su vida, algún fragmento —no siempre significativo— de su obra...

Nada, en fin, que pueda servirnos para rendirles el tributo que merecen, ni para proyectar sus figuras iniciadoras en una página recordativa.

Alguien, más afortunado y paciente que nosotros, les robará un día su secreto, los arrancará del olvido en que yacen y los entregará al afectuoso reconocimiento de sus conterráneos.

Pura obra de amor a Minas, que llevará en sí misma el premio.

* * *

Para atenuar, hasta donde nos sea posible, el pecado juvenil que hemos citado, queremos evocar en estas líneas a una poetisa minuana que conocimos y cuya fama lugareña llenó los días de nuestra infancia y nuestra adolescencia.

Se llamaba Olegaria Machado Amor. Pertenecía a una de las familias más antiguas y respetables del pueblo.

Su bisabuelo materno, don Juan Amor, fué uno de los vecinos de mayor influencia durante el gobierno colonial.

Su padre, don Froilán Machado, cultivó las letras; también las cultivaron su tío, don Julián Amor, y su hermano, don Bernardo Machado.

Desde muy joven, Olegaria empezó a escribir. Le gustaba también la pintura, pero no ponía en ella la misma pasión que en las letras.

La conocimos en sus últimos años. Era una mujer pálida, de aspecto cansado y triste.

Se mantenía soltera. Recordamos muy vagamente cierta historia sentimental —¡tan del gusto de la época!— de la que se le hacía heroína en su juventud. Pero nunca hemos podido saber con certeza si el amor iluminó alguna vez su senda.

Vivía, en compañía de dos sobrinas, en una casa (hoy desaparecida) que estaba frente a la plaza principal; la primera casa de material que se construyó en Minas, según nos han dicho.

Tenía la casa dos balcones que miraban hacia la plaza y en uno u otro vimos muchas veces a la poetisa, con los ojos perdidos en la tarde, ausente, al parecer, del pequeño mundo que la rodeaba. Se nos antojaba una estampa romántica, un poco maltratada por el tiempo.

Olegaria era maestra. A su colegio particular iban las hijas de muchas de las principales familias minuanas.

No se le veía nunca en otras fiestas que no fueran las religiosas. Religión y poesía eran los dos grandes amores de su vida. En casi todos los versos que de ella hemos leído hay un hondo sentimiento religioso que se eleva, a veces, al misticismo. Es posible también que la religión fuera para ella, antes que nada, poesía.

Había logrado que se respetara su obra literaria, raro caso en aquel ambiente; tal vez él pueda explicarse, más que por el mérito de la obra misma, que muy pocos podrían juzgar, por lo que la iglesia apreciaba a la autora y el fervoroso catolicismo del Minas de entonces.

Bastaba su nombre para valorizar una página, o "dar brillo" (como dicen los impagables cronistas sociales) a un acto literario.

Esta estimación, naturalmente, no pasaba de la superficie y tenía más de urbana que de sincera. En realidad, aquella mujer tan fina y delicada, tan armoniosamente sensible a todo lo bello, debía sentirse muy sola...

No la tratamos nunca personalmente. Los que lo hicieron nos dicen que su voz era suave y dulce y su conversación revelaba una cultura bastante extensa.

Era también de una gran modestia. No quería salir de Minas, ni colaborar en otras publicaciones que no fueran las de su pueblo.

Sin embargo, se fué una vez a vivir lejos de la ciudad. Cuando empezaba a caer el silencio en torno suyo y si todavía escribía versos, rara vez los publicaba. Pero volvió al solar. A morir —pobre, angustiada y casi sin afectos— en el lugar donde había nacido. Donde descansan los suyos. Donde floreció y se marchitó su juventud sin amor...

¡Ay! y donde ni siquiera el nombre de una calle la recuerda.

* * *

Olegaria, como todos los viejos poetas de Minas, no publicó libros. Dispersó su labor en hojas de escasa circulación que se hace difícil encontrar después de tantos años, sobre todo a los que no estamos en Minas.

Hemos buscado con empeño sus versos. Hemos preguntado por ellos a los que más la conocieron. Fuera de lo publicado, debió dejar mucho inédito: ¿quién lo tiene? Poco, poquísimo hemos obtenido. Ocho o diez composiciones, en su mayor parte de un valor accidental, sin interés ahora.

Sólo dos, entre las poesías que hemos conseguido, merecen citarse: "Ante su tumba" y "¡Ya no puedo cantar!". La primera es del año 1890 y la segunda del 1899. Son versos sencillos, musicales, de un romanticismo dolorido y hondo, a lo Lamartine o De Musset, que fueron, creemos, sus poetas preferidos.

Con gusto transcribiríamos aquí, para conocimiento del lector, algunas estrofas de Olegaria; pero tememos dar una idea demasiado imperfecta de la poetisa. Confiemos en que algún día las piadosas manos de sus coterráneos lograrán reunir en un libro lo mejor de esta lírica.

Se verá entonces que Olegaria merece ocupar un puesto digno en nuestro ciclo romántico.

* * *

¿Cómo era el Minas de Olegaria Machado Amor?

Según el censo policial de 1899, la ciudad tenía 6.649 habitantes, incluyendo el ejido. Había 1.259 edificios y 168 casas de comercio.

Como se ve, una pequeña ciudad, donde apenas empezaba a rayar el alba de la cultura y el progreso. Aun no se había disipado la bruma colonial. A ella aludía Bernardo Machado, hermano de la poetisa, cuando se quejaba del "sueño municipal", del "narcotismo desalentador" en que las gentes vivían.

En ese ambiente vivió y murió Olegaria. Educó. Escribió versos. Pintó cuadros. Tuvo la religión de la belleza.

Era buena, sencilla y pura.

Bien merece, por las delicadas flores que sembró a su paso, por el armonioso llanto de su poesía, por la gracia y la fe que la alentaban, por la influencia bienhechora que pudo ejercer sobre tan ásperos tiempos, el recuerdo emocionado de quienes seguimos, con terca y sangrante esperanza, sus casi borradas huellas.

Los Hermanos Blanco

PERDONESEME el desahogo. No podía dejar —en un libro como éste— de decir algo de Conrado y Pedro Blanco, dos amigos de mi primera juventud. Dos hermanos perseguidos por la fatalidad. Dos soñadores que no fueron comprendidos por el pueblo.

Aspera, dura, la vida se opuso a sus propósitos. Y cayeron vencidos, —¡ellos que tenían tan grandes condiciones!— mientras muchos que les eran inferiores se "consagraban", en este país de glorias fáciles.

Conrado era un lógico excelente y tenía una versación filosófica poco común. Ello no le impedía ser, al mismo tiempo, persona de muy gusto literario. Estimulado, en un ambiente más amplio, menos apremiado por el elemental problema de vivir, y con salud, hubiera producido la obra seria y profunda con que soñaba.

Tarde se decidió Conrado a dejar el pueblo. Cuando su salud y la tiranía de las necesidades materiales no dejaban lugar al libre desarrollo de sus aspiraciones. Alcanzó a publicar un opúsculo de reflexiones que no encontró eco alguno. Como tantos otros, se gastó en una labor fragmentaria, apresurada, que no puede dar cabal conocimiento de su espíritu.

Pedro era un delicado temperamento de artista. En prosa o en verso, se expresaba con gracia, sencillez y frescura que atraían. Como escritor, valía más que su hermano. Su generosa juventud se volcaba en poesías con matices románticos y decadentes, muy puros y musicales.

Los dos me alentaron cuando empecé a escribir. Ellos pusieron un poco de orden en el caos de mis lecturas de

muchacho ingenuo que empezaba a gustar la miel de los primeros cantos.

Intimé con Pedro más que con Conrado. Idéntica aspiración nos unía. Eramos casi de la misma edad. Juntos realizábamos largos paseos por la población. Hablábamos siempre de libros, o leíamos lo último que habíamos escrito. La gente, extrañada al principio, terminaba creyéndonos locos.

¡Aquellas tardes pasadas a orillas del San Francisco, bajo la amable sombra de los árboles, frente a los cerros inmóviles, leyendo y comentando libros!

Desde la enmarañada selva del "Mahabarata", llegábamos a la claridad azul del mar homérico y pasábamos luego a las sonrientes colinas de Lacio.

¡Qué bien leía Pedro! En Virgilio, especialmente, ponía una emocionada ternura que permitía interpretar mejor al dulce poeta de las "Bucólicas".

A los clásicos segían los románticos y a éstos los decadentes y los modernistas: Lamartine, Musset, Hugo, Goethe, Shakespeare, Bécquer, Baudelaire, Verlaine, Rubén...

No desdeñábamos a los realistas: Balzac, Flaubert, Zola, Pérez Galdós...

A veces nos aventurábamos en el revuelto océano ruso, guiados por los únicos faros que conocíamos: Tolstoy, Gorki, Turgueneff.

Entre los poetas vernáculos teníamos dos dioses en cuyos altares depositábamos la ofrenda de nuestra ignorada admiración: Armando Vasseur y Julio Herrera y Reissig.

Desconocíamos casi en absoluto la prosa metálica de Acevedo Díaz; pero admirábamos la potente garra de Florencio Sánchez y el pincel veraz de Javier de Viana.

¡Cuántas ilusiones que marchitó la vida! ¡Cuántos sueños, humo vano que barrió el viento de la realidad! ¡Qué fe tan enérgica y qué entusiasmo tan puro!

Salíamos de aquellas lecturas dispuestos a enfrentarnos con la vulgaridad del pueblo, de aquel Minas para el cual queríamos ser, en cierto modo, como Sócrates para los atenienses. Nada, ni el ridículo, era capaz de detenernos en la lucha por la belleza.

Bien pronto, cinco o seis soñadores, jóvenes e ingenuos también, se unieron a nosotros. Dejaré, por ahora, sus nombres en la sombra. No escribo una historia. Alguien vendrá

algún día, desde la profundidad del tiempo, a escribir el estudio imparcial y documentado que los simples cronistas no podemos hacer.

Tal vez los muchachos que hoy escriben en Minas, se quejen, y con razón, de la indiferencia o la ingratitud de sus conterráneos. ¿Qué dirían esos muchachos, si hubieran conocido aquella época? Cualquier hortera engominado (¿se usaba entonces la gomina?) se creía con derecho a juzgarnos, a burlarse de lo que escribíamos, no porque fuera malo (como acaso lo era), sino porque era nuestro, de jóvenes que no habían salido nunca de los estrechos límites del pueblo.

—¿Literatos entre nosotros?, —se preguntaba la gente.

—¡Cómo si bastara "tragar" los libros para saberlos "digerir"!

—¡Sin conocer la Universidad!

—¡Y que encuentren periodistas que les publiquen los disparates que escriben!

—Alguien debía aconsejarlos. Pierden el tiempo que debían emplear en aprender algo útil.

¡Con qué ironía, con qué aire de humillante superioridad, nos miraban los que creían saber algo, los titulados, los que se hacían llamar pomposamente "intelectuales"!

—Son audaces esos muchachos. No saben nada de nada.

Aquello era, para la mayoría, el Evangelio.

—¡Lo dijo el doctor Fulano!

Y la palabra del doctorcito, que quién sabe cómo aprobó los exámenes, tenía para la gente un peso ilevantable.

Pero el grupo juvenil no respetaba obstáculos. Lo empujaba una fuerza superior. Verbalmente y por escrito, se defendía atacando. A la guerra respondía con la guerra.

—La Universidad no acorta las orejas. Los títulos no quitan vulgaridad.

—El espíritu no es académico.

—El estudio interesado es oficio.

—¡Fuera los mercaderes!

La lucha era terrible, pero franca. No nos desagradaba batirnos así, en campo abierto.

Por desgracia, al lado de los enemigos descubiertos, se deslizaban los embozados, los que aparentaban una adhesión que no era sino el disfraz de la burla. Y también los débiles,

los que simpatizando con el grupo de soñadores, se dejaban arrastrar por la poderosa corriente contraria.

Todavía estaban los que, sintiendo afecto personal por los jóvenes amantes de las letras, no creían en sus condiciones. Algunos nos decían de buena fe:

—Dejen de escribir. Eso no es para ustedes. ¿Por qué quieren ser el motivo de las risas del pueblo?

A mí me aconsejó uno de mis parientes:

—Ya que te gusta tanto la poesía, ¿por qué no le pides a X que te dé unas lecciones? (X era uno de los peores versificadores del pueblo. La gente creía, sin embargo, en él, acaso por aquello que dijo Goethe: "Sobre la masa obra la masa").

A estas voces se unía la de las madres, de las santas madres de los muchachos... que tampoco comprendían. Deseaban ver trabajar a sus hijos en algo serio, que representara "un porvenir".

Minas había tenido escritores con algún mérito y otros para los cuales la literatura fué un simple juego de ingenio o un pecado de adolescencia del que se avergüenzan luego los treinta años. Pero se puede creer que hasta la época a que me refiero no se había visto allí un grupo de jóvenes que batallara tan bravamente en nombre de las letras, desafiando las negaciones y la indiferencia.

Los soñadores de hoy, que encuentran en aquella ciudad, pese a todo, un ambiente hasta cierto punto cordial y comprensivo, están lejos de sospechar lo que costó conseguir eso. Algo se deberá, sin duda, a la natural evolución de la sociedad; pero la mayor parte de ese progreso lo prepararon los que formaron aquel grupo entusiasta que gritó a todos los vientos su devoción por el espíritu.

De los dos hermanos vive uno solo: Pedro. Conrado murió joven y con la inmensa amargura de no poder cumplir lo que prometiera.

Pedro ha vuelto a vivir en Minas, después de una larga ausencia. Es un extranjero en tierra propia. Pocos lo conocen. Menos son los que recuerdan que escribía. Las nuevas generaciones lo ignoran en absoluto.

¡Qué cambio el de Pedro! Se adivina un enorme desencanto en sus palabras, en el total olvido de su persona-

lidad, en la indiferencia con que se deja morder por la miseria. La vida ha golpeado rudamente aquella noble alma. ¿Ha debilitado también su inteligencia? No lo sé. Tal vez lo que hace falta es que los minuanos sepan estimularlo sin herirlo.

Lo volví a ver un día, después de un silencio de veinte años entre nosotros.

—¿Escribes, Pedro? —le pregunté.

Pedro hizo un gesto negativo y se quedó mirando hacia el patio que se llenaba de sombra.

—¿De qué puedo hablarle, —pensaba yo— sin lastimar la enorme desventura de su vida? ¿Ha cambiado él? ¿He cambiado yo...? ¿O hemos cambiado los dos?

—¿Lees, Pedro?

—Ya lo ves: no tengo libros.

Volví a la calle. A enfrentarme con la acción. A libertarme de la angustia de los recuerdos. A olvidar que allí —en aquella casita donde casi todo falta— quedaba un hombre con el cual la vida ha sido más cruel que conmigo.

Tres Crónicas de Manacho

Las tres crónicas que siguen son también "**Estampas Pueblerinas**". Las separo de las otras porque figura en las tres un personaje sobre el cual me propongo escribir algún día con mayor extensión: Manacho. Deben leerse, pues, con la idea de que están destinadas a formar parte de una obra cuyo protagonista apenas se deja ver aquí.

La Olada

MANACHO me citaba para la noche. Tuve que ir. Lo encontré en la casita que tenía en las inmediaciones de la Usina Eléctrica. A su lado estaba la Pirincha, vestida de blanco, muy empolvada, con dos moñas celestes en la cabeza y oliendo a violetas.

—Mirá, hermano, —me dijo Manacho— esta noche hay baile en "La Olada" y quiero que vós llevés a la china.

—¿Yo?

—Sí... Digo, si no tenés inconveniente.

—Ninguno. ¿Y tú?

—Yo voy a ir con otros amigos a un baile que hay cerca de los Corrales. Si está bien, los venimos a buscar; si no, nos metemos todos en "La Olada". ¿Entendés?

—Entiendo.

—Pueden irse. Van a ser las diez.

La Pirincha se miró por última vez al espejo, dió un beso a su hombre y se colgó alegremente de mi brazo.

Salimos. Una noche sin luna nos vendó momentáneamente los ojos. Ladraban los perros de las cercanías. La mancha negra de los árboles de la costa tomaba proporciones fantásticas.

Nos aproximábamos a los cercos para evitar las zanjas de la calle.

—¡Qué oscuro! —dijo ella.

—¿No te gusta?

—Me da miedo.

—¿De qué?

—No sé... ¿Vos no tenés miedo?

—No. Me gustaría sentarme aquí a conversar... o a estar callado.

—¡Ya estás diciendo macanas! Para conversar se necesita luz... A menos que...

—¿Qué?

—Que estemos en la cama.

La Pirincha hizo sonar en la noche el cascabel de su risa joven y fresca.

Llegamos a "La Olada". Era un caserón gris y sucio, ubicado en uno de los extremos de la calle Lavalleja. Lo habitaban gentes de mal vivir.

Junto a la puerta de calle había un brasero y sobre éste una caldera.

Nos recibieron dos hombres, al parecer soldados en traje civil.

—Pasen adelante. (A los que llevaban mujeres no les cobraban la entrada).

Entramos. Alumbraba la "sala" una lámpara colocada sobre una mesita de pino. La concurrencia —soldados del batallón, vagos notorios, una docena de mujeres de total "inconducta" —se sentaba donde podía: en sillas que obligaban a ser equilibristas, en bancos ennegrecidos por el humo de las cocinas, en un baúl y en el umbral de la puerta.

El negro acordeonista, que era toda la orquesta, inició una milonga. Los movimientos del baile hicieron sentir más el olor a polvos baratos de las mujeres y al acre sudor de los hombres.

En la puerta, alguien discutía el precio de la entrada.

—¡Cinco riales!

—A naides se obliga...

—¡Bueno fuera!

—Es que los milicos son apretadores...

—Si no le gusta, no entre.

—Sí, yo me voy.

—Yo, no. Me gusta aquella mujer. Aquí tiene la plata.

El que entró era un hombre alto, morocho, de pantalón gris, saco negro, pantalón blanco y zapatillas. Eligió a la Pirincha.

—¡Esa prienda tiene dueño! —le gritaron.

Todos los ojos se fijaron en mí. Pero yo, que no tenía porqué ser celoso, le dije:

—Baile, amigo.

El hombre salió a bailar con la Pirincha. Contra lo que podía esperarse, no le dijo una palabra. Me la devolvió al terminar la pieza.

—No me hagas bailar con otros, —me dijo la mujer.— Yo soy ahora tu mujercita y vos sos mi maridito.

—Hasta que venga Manacho.

—Si viene. Vos sabés como es él.

Un soldado estaba borracho y pretendía cantar. Lo sacaron al patio y le mojaron la cabeza.

—Pa que se refresque,— dijo uno.

La Pirincha me avisó:

—Creo que están en la puerta.

Estaban Manacho y Collazo. Salí a conversar con ellos.

—El otro baile se suspendió, —me dijo Manacho. — Hicimos un viaje inútil. Nos entretuvimos en el café.

—Tomando.

—¿Cómo lo sabés?

—Se te nota, hermano.

—Sí, estoy un poco alegrón.

Se oyó la voz de Collazo:

—¡Avisen! ¡Es un disparate!

—¿Qué hay?

—Que nos quieren cobrar cinco reales a cada uno.

—¡Ni que fuera el club!

Uno de los hombres que cuidaban la puerta dijo en tono áspero:

—Aquí no necesitamos compadres.

—¿Por quién lo dice? —preguntó Manacho.

—¡Por vos, mugriento!

No había terminado el hombre de hablar y ya Manacho, con ligereza increíble, estaba junto a él y le daba una sonora bofetada.

—¡Aprendé a respetar, atrevido!

Una piedra hizo añicos la lámpara. Chillaron las mujeres. Se enfurecieron los hombres. Golpes e insultos empezaron a estallar en la oscuridad.

—¡Tan bien, tan en unión que estábamos! —se lamentaba alguien.

—¡Dame el pito, Jesús!

—¡Te viá enseñar, compadre!

—¡Dejámelo a ese!

—¡Atajate ésta!
—¡Guarda el banco!
Por fin sonó el pito y se inició el desbande. Pude distinguir a Manacho y Collazo que corrían en dirección al arroyo. Los alcancé. Manacho llevaba la daga en la mano; cuando nos detuvimos, al llegar a un grupo de árboles, la guardó. Nos sentamos sobre la hierba húmeda de rocío.
—¿Y la mujer? —me preguntó Manacho.
—No sé. No pude entrar más.
—¡Lindo macho! Te pido que la acompañés...
—No me fué posible...
—Te lo digo en broma. La china está acostumbrada a estas cosas. Escuchen...
Oímos la llamada angustiosa del pito y el galope lejano de los caballos de la policía.
—Nos andan buscando.
—Se me fué la mano, —confesó Manacho.
—¿Qué?
—Le abrí la cara a un milico. Quería darle unos planchazos...
—¿Estás seguro? —preguntó Collazo.
—Claro que sí.
—Es que yo...
—Callate, Collazo. Voy a ver si puedo dormir un poco.
¡Qué paz, qué serenidad la de la noche!
Miré a Manacho tendido sobre el pasto. ¿Dormía realmente? ¿Podía dormir después de haber desgarrado la carne de un hombre? ¿No le inquietaba la seguridad de la cárcel? El, que era tan bueno en el fondo, ¿no creía, como Mácbeth, que había "asesinado al sueño"?
Cuando Manacho despertó, Collazo intentó otra vez referirse al asunto:
—Tengo mis dudas sobre lo que pasó, hermano.
—Yo no, —contestó Manacho.— Y no quiero hablar más de eso. Es cosa mía.
Lentamente, echamos a andar por la costa. Mugidos de vacas, balidos de ovejas herían la calma de la noche. Del otro lado del paso, el fogón de un carrero madrugador parecía una rosa de luz.
Manacho se despidió al llegar a la calle Molles:
—Voy a entregarme.

Collazo quiso detenerlo:

—Escuchá, hermano...

Ya no le oía. Con paso rápido se internó en el pueblo. Collazo y yo seguimos caminando.

—Me parece que nos van a prender.

—Es seguro, Collazo. Manacho perdió la cabeza. Mañana andaremos otra vez en boca de todo el pueblo. Hasta los diarios se van a ocupar de nosotros.

—¿Te preocupa?

—Por la vieja.

—Fijate: ya está amaneciendo.

Collazo bajó la voz, como si temiera que alguien pudiera oírlo:

—Yo te diría una cosa...

—Puedes decirla.

—¿Me jurás que no saldrá de nosotros?

—¿Es tan grave? Te lo juro.

—¡Al milico lo herí yo!

—¡Tú! ¿Por qué no se lo dijiste a Manacho?

—Quise decírselo, pero no me dejó. No quería oírme.

—No me explico.

—Se le puso que fué él y hay que dejarlo... o pelearlo.

—Cada vez entiendo menos. ¿Quiere decir que Manacho, sabiendo que fuiste tú...? ¡No puede ser!

—Sabiendo, no. Como él estaba mareado...

—¡Pero lo van a meter en la cárcel!

—No estará mucho tiempo. Tiene buenos padrinos.

Callamos. Para mí Manacho estaba por encima de aquella absurda sospecha. Era demasiado hombre. Tal vez el pobre Collazo estaba un poco envidioso de su compañero.

Cuando me separé de Collazo, el sol se asomaba por entre los cerros.

Noche de Serenata

CAIA del cielo una luminosa calma de estrellas y de luna. Era una de esas dulces noches de pueblo en las que hasta el aire tiene una graciosa levedad romántica.

Tadeo solicitó que la primera serenata fuera para su "dragona" Eugenia.

—¿Dónde es? —preguntó el negro Wenceslao.

—Siguiendo esta misma calle, cuadra y media para abajo.

La casa de Eugenia quedaba a unos cien metros del arroyo. Frente a una ventanita verde se detuvieron los músicos e iniciaron una pieza cuyas notas tiernas y suaves se confundían con el manso suspiro del agua.

Tadeo sonreía satisfecho y los demás escuchábamos con cierta emoción.

Pero de pronto la ventanita se abrió y todo el líquido de un bacín—que no era precisamente agua de rosas—cayó sobre los que estaban más cerca. Al mismo tiempo gritó una voz agria de mujer:

—¡Atorrantes! ¡Vayan a trabajar! —Y la ventana se cerró.

—¡Vieja puerca! —protestó Collazo.

El Brasilero trajo una piedra y se disponía a tirarla contra la ventana. Tadeo lo contuvo:

—Hacelo por mí, hermano.

—¿Te parece que debemos aguantar que esa vieja chancha nos eche sus meadas encima? ¡Mirá cómo me ha puesto el traje nuevo, mirá!

—Pero la pobre muchacha...

—¡Linda suegra vas a tener, Tadeo!

—No creía que llegara a tanto...

—No ha sido nada, —dijo Manacho. Vamos a seguir.

Aguilar solicitó la serenata siguiente.

—Para la rubia de Martínez, —explicó.

—¿No nos tirarán con algo?

—Pierdan cuidado. Somos novios formales.

—¿Qué tocamos?

—Cantale alguna canción, Collazo.

Junto al balcón de Sarita Martínez, Collazo hizo oír una canción nueva, cuya lánguida dulzura era muy del gusto de las muchachas de entonces, que todavía no soñaban con los deportes, el automóvil y el ritmo loco de los bailes norteamericanos. La canción empezaba así:

Blanca paloma
nacida para amar,
pálida rosa
que suave aroma dás...

¡Ay, serenatas! ¿Quién no siente, al evocarlas, que se levantan emociones dormidas, recuerdos que creía muertos? ¿Quién no vuelve a oír el sonido armonioso de las guitarras y las voces alegres de aquellos compañeros de juventud, muchos de los cuales enmudecieron para siempre? ¡Serenatas! Serenidad de noches de pueblo, alegría, amor, esperanza...

Sin buscar otra recompensa que la voz de las muchachas medio dormidas, agradeciendo la lírica ofrenda, fuímos dejando una estela de armonías por las calles solitarias de la pequeña ciudad. La pedante y triste gravedad burguesa no sabía comprender aquella generosa actitud juvenil.

Frente a la casa de una linda costurera, Manacho dijo a los músicos:

—¡A ver cómo se portan!

Tocaron un bonito vals de la época, que el Brasilero y yo bailamos en la calle.

Cuando cesó la música, se dejó oír una fina voz de mujer:

—Muchas gracias.

—Disculpe la molestia, —dijo Collazo.

—No es ninguna; al contrario.

—Obsequio de un admirador para la hermosa señorita Blanca.

—Gracias otra vez.

—No hay de qué. Buenas noches.

—Es la novia de Manacho, —me explicó Tadeo— pero los padres no lo quieren. Como a mí.

Le tocó el turno al Brasilero. Quería obsequiar a una chinita que vivía en la calle Carabajal.

—¡Metan un tango, que la china es de línea!

—¿En cuál de las ventanas?

—A ver... no sé bien...

—¡Caramba! ¿Ni eso sabés?

—Se mudaron aquí hace tres días... ¡Ah, sí! Es la segunda.

—¿Vamos?

—Vamos.

Tocaron "Los Cincuenta". Cuando la última nota compadre se retorcía en el corte postrero, se abrió una puerta vecina y apareció en ella un hombre, revólver en mano.

—¿Cuál de ustedes—nos preguntó—es el sirvergüenza que anda afilando a mi mujer?

—Sirvergüenzas somos todos, pero no conocemos a tu mujer.

—¡Sos vos, Manacho! Disculpá, no te había conocido.

—Sí, Chiquito. Y como cambias tan pronto de mujer, no sé quién es...

—Josefina, ¿no te acordás de ella?

—Sí. ¿Y Carmen?

—La largué porque me ponía cuernos. Como María, como Rosario, como Clotilde... ¡Tengo una suerte negra con las mujeres!

—Tal vez Josefina te resulte buena.

—¡Quién puede saberlo! ¿Cómo vinieron a parar aquí?

—Dando serenatas. El Brasilero quería obsequiar a una dama que se mudó por aquí hace tres días, nos equivocamos de ventana y te pusimos celoso.

—Esperen un momento. Tengo una caña macanuda.

La bebida hizo desaparecer por completo la tensión de los primeros momentos.

—¿Le damos serenata a tu Ramona, Brasilero?

—Ahora no, ché. Sería un papel. Debe haber oído todo.

Nos despedimos del celoso Chiquito, que volvió al lado de su Josefina plebeya, no más virtuosa, sin duda, que la emperatriz del mismo nombre.

Poco después hicimos alto frente a la casa de unas solteronas muy conocidas en el pueblo. La menor se llamaba Faustina y tenía cerca de cincuenta años. Les gustaba hablar de novios, sacarse años de encima y ruborizarse por los "posibles" atrevimientos de los hombres.

Manacho decidió darles serenata y la idea fué aplaudida por todos.

—Cantales algo lindo, Collazo.

Y Collazo empezó:

Lejos de mi bien amado
no puedo vivir...

—¡Las viejas se lo van a creer!

Collazo, con la voz quebrada por la risa, continuó:

Para vivir penando
prefiero morir...

La canción terminó en medio de una carcajada. Una voz agradeció la atención. Manacho ofreció la serenata "a la espiritual señorita Faustina"... en mi nombre.

Rieron todos. Pretendí enojarme. Pero Manacho me dijo:

—Son bromas de amigos.

—¡Pero yo tengo dieciocho años y ella cincuenta! ¡Vaya una broma!

—Aguantá, chambón. Todavía no sabés lo que es andar de farra.

Nos separaron las primeras luces del alba. Cansados, con sueño, pero contentos. Dueños de una felicidad que en aquel momento no podíamos medir.

¡Ay, serenatas!

La Muerte de Manacho

ERA la noche de un "viernes santo". Sentados en un banco de la plaza, conversábamos animadamente. Eramos cuatro amigos, muy jóvenes, que la vida dispersó más tarde. Creo que de los cuatro sólo quedo yo.

Oímos sonar un pito de la policía. El guardia civil que estaba frente a la "Farmacia del Sol" echó a correr en dirección al sur. Lo siguieron varios hombres que salieron del café. Por la calle Solís pasó un gendarme a todo lo que daba su caballo.

Las llamadas del pito viboreaban en la calma de la noche.

—¿Vamos?

—No; debe ser una tontería.

Nuevos temas nos salieron al paso. Nos disponíamos a ir al café, cuando un rumor confuso, que venía del otro extremo de la plaza, nos detuvo.

Tuve un oscuro presentimiento y me dirigí hacia el grupo de gente que venía de aquel lugar. Casi no me sorprendió ver allí a Manacho, sostenido por dos hombres, con el cigarrillo en la boca y las manos cruzadas sobre el vientre.

—¿Te pasa algo? —le pregunté.

—Me madrugaron.

Lo llevaron a la farmacia. La calle se llenó de gente. El médico y el juez llegaron a los pocos instantes.

Pasó un cuarto de hora. Ví salir de la farmacia a un sargento y me acerqué a preguntarle:

—¿Qué tiene Manacho?

—Le pegaron una puñalada bárbara. Hay que llevarlo en seguida al hospital y operarlo.

—¿Cómo lo encuentran?
—Muy mal. Ya perdió el conocimiento.
Minutos después sacaron al herido en una camilla. Pálido, con los ojos cerrados. Parecía ya un cadáver. Costaba creer que fuera Manacho, tan dinámico, tan nervioso, tan lleno de vida una hora antes.
Los que llevaban la camilla tomaron la calle Maldonado para dirigirse al hospital. Detrás, comentando el suceso, iba un mundo de curiosos.
—Tanto va el cántaro al agua...
—Siempre hay un hombre para otro hombre.
—Era el fin que le esperaba.
—Como el hermano.
—¡Collazo! —grité, seguro de que éste no podía estar lejos.
Pronto estuvo Collazo a mi lado.
—¿Cómo fué eso? —le pregunté.
—Yo no estaba. Sé que fué en el boliche de don Tomás.
—¿Asunto de juego?
—O de mujeres. ¡Vaya a saber! Estaban allí, jugando al billar, dos hermanos que trabajan en las canteras. Los conozco de vista, según las señas.
—¿Y...?
—Llegó Manacho y se armó la farra, sin que nadie sepa cómo ni por qué. Pocas palabras y ya salieron trenzados. Manacho utilizó solamente un taco de billar. Los sacó a palos a la calle.
—¿A los dos?
—A los dos. Uno de ellos le dió una terrible puñalada.
—¿Los detuvieron?
—Creo que sí. Ahí tenés lo que pasa por facilitar...
Los de la camilla se detuvieron. El practicante del hospital se acercó al herido, le tomó el pulso, le levantó suavemente los párpados. Luego se volvió a los que lo rodeaban.
—Está muerto —dijo con sequedad.

* * *

Pasé el resto de la noche caminando por las calles del pueblo. Solo. Como un sonámbulo.
El día me sorprendió sobre el puentecillo del Paso del Estanco, indiferente a cuanto me rodeaba. Pensaba en

Manacho. En su vida de muchacho inculto, desorientado, pero bueno.

Recordaba la noche de nuestro encuentro, cuando me salvó, acaso, la vida. Y las cien noches de diversión que había pasado junto a él.

No llegaba a los treinta años Manacho. Era de mediana estatura, ágil y recio; tenía el cabello renegrido y crespo, la nariz roma, los labios finos, los ojos chicos e inquietos y un bigotito que le interesaba más que su reputación. Vestía siempre de negro y movía nerviosamente los brazos al conversar. En el pueblo se decían muchas cosas de él. Algunas no eran ciertas.

No se mentía asegurando que Manacho era guapo, de una guapeza que amaba al peligro. Pero no era provocador, ni hacía alarde de su coraje. Tampoco era un rufián, ni un bebedor consuetudinario, ni un jugador profesional.

Sencillo, afectuoso, tenía siempre —hasta en sus peores momentos— rasgos de caballeresca generosidad que permitían que muchos de sus indudables defectos fueran olvidados. Rebelde al yugo de la vida ordinaria, su alma buscaba a tientas un camino que no encontró nunca...

De día trabajaba en su oficio; de noche salía en busca de aventuras, despuntando el amor al peligro que llevaba en la sangre.

Alguna vez me confesó:

—Quieren que cambie de vida. Yo también lo quiero. ¡Si bastara desearlo! ¡Pero no puedo! ¡No puedo!

—¿Te falta voluntad?

—¡Yo qué sé! A mi hermano lo mataron a balazos. Era como yo. También tenía una novia. También quería cambiar. Pero no pudo. Se lo tragó la muerte. Lo mismo que... Vale más no hablar. Lo llevamos en la sangre, en esta maldita sangre que es más fuerte que todo.

—¡La sangre!

—Sí, la sangre... Es algo que... no podría explicarte.

Así era Manacho. La moral vulgar podía condenarlo. Yo, no. Lo ví afrontar la muerte, más de una vez, en defensa de la justicia. Un oscuro impulso de caballero andante lo movía. Nadie que fuera incapaz de defenderse podía ser ultrajado impunemente en su presencia.

—Sí —pensaba yo,— no me arrepiento de haber sido su amigo. El me dió, por primera vez, la oportunidad de asomarme a un alma de hombre. Era todo lo que su generosidad podía darme y se lo pago en moneda de ternura agradecida. Cambiarán mis ideas, mi cultura, mis gustos; pero siempre recordaré con cariño a Manacho. Me complaceré en pensar que había en su ser el impulso heroico —cuyas alas cortó la estrechez del ambiente en que le tocara actuar— de los caudillos que dejan la huella de su paso en la historia. En otras circunstancias, su sed de aventuras habría florecido al calor de una de esas causas que borran, o por lo menos atenúan, los defectos de los hombres. ¡Quién sabe! En esta tierra pródiga y bravía, su áspera masculinidad podría haber sido luz, ejemplo y camino, voz imperiosa que nos llevara a la vida o la muerte. Ahora descansa. La tierra, profunda, grave, silenciosa, ahogará su pensamiento y su palabra, tapará para siempre sus ojos...

De esas meditaciones vino a sacarme una carreta cargada de leña que atravesó el paso y se internó en las calles del pueblo.

Levanté la cabeza. El sol doraba las cumbres y extendía sus rayos perezosos por los valles. El Verdún miraba fijamente al pueblo, que empezaba a despertar, picaneado por el día. Un fresco y penetrante perfume se desprendía de los árboles de la orilla.

Resolví volver al centro. Me detuve un momento frente al viejo molino cargado de años y de leyendas, alegrado por la gracia juvenil de las palomas. Desde aquella altura se veía la pequeña ciudad —blanco, oro, verde, gris— que abría sus tímidos ojos a la luz.

Las torres de la iglesia, mística evocación colonial, se recortaban en la diafanidad de la mañana.

Los repartidores de pan, de carne, de leche, se dispersaban por las calles.

Portando grandes atados de ropa, las lavanderas se dirigían al arroyo con el sabor del último mate en los labios.

Un vapor azulado se elevaba de la costa cercana.

* * *

¡Qué mansa, qué transparente aquella tarde de otoño, abanicada por la brisa serrana!

El Brasilero y yo nos incorporamos al cortejo fúnebre en una esquina de la calle Marmarajá. Tadeo y Collazo se nos acercaron.

—Se acabó...

—Se acabó. ¿Qué haremos ahora?

En las esquinas, en las puertas de los comercios, en los balcones y ventanas de las casas de familia, gentes satisfechas de su tranquilidad burguesa miraban el silencioso desfile y comentaban a su modo la tragedia.

Había varios coches, pero la mayoría de los acompañantes preferimos ir a pie.

Cuando llegamos al cementerio, los más allegados bajaron el féretro y tomaron —seguidos por los demás— la calle central de la necrópolis, anduvieron unos cincuenta metros, doblaron a la izquierda y se encontraron con el lugar donde descansarían los restos de Manacho.

No hubo discursos. Ni lágrimas. Ni flores. O no los recuerdo. Cuando el sepulturero clavó la tapa del ataúd, toqué el brazo del Brasilero.

—¿Vamos?

—Vamos.

Salimos del cementerio y echamos a andar sin rumbo fijo. Dominados por la misma emoción.

Ibamos orillando el pueblo, por calles sucias de ranchos miserables, de perros escuálidos, de chiquillos descalzos, de boliches sórdidos y de mujeres de ojos agrandados por el hambre y la tuberculosis.

Nos detuvimos al llegar al Paseo de los Estudiantes. Contemplamos una vez más el espectáculo que la naturaleza minuana ofrecía a nuestros ojos: el cielo claro, las serranías caprichosas, el arroyo escondiéndose entre los árboles, las casas del centro apartándose de la miseria de la ranchería de los suburbios, la ciudad entera, quieta, callada, adormecida en la cuna del valle, protegida por los cerros, centinelas de piedra.

Allá abajo, junto a la cachimba, estaba la casa de la Pirincha, la mujer protegida por Manacho.

En el extremo opuesto del pueblo, Blanca, la novia, lloraría la muerte de sus sueños de amor.

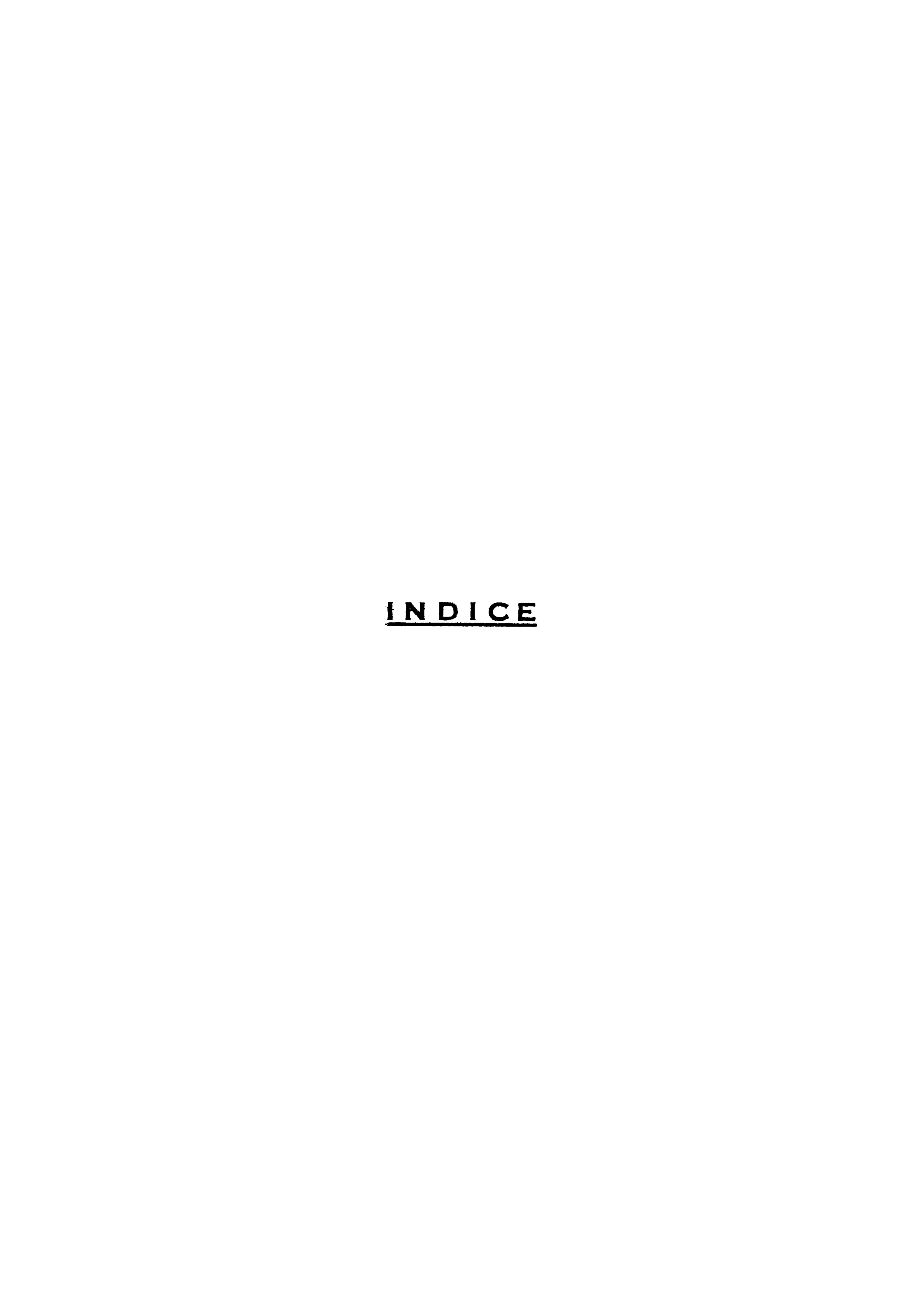
Pasamos no sé cuanto tiempo mudos, sin saber qué decirnos.

Al fin, el Brasilero habló:

—Hasta luego, hermano.

—Hasta luego.

Se fué. Empezaba a oscurecer.



INDICE

INDICE

ESTAMPAS PUEBLERINAS

TRES CRONICAS DE MANACHO

*Este libro se terminó de imprimir el 15 de
Abril de 1944 en los Talleres Gráficos
Sur S. A., Camacuá 583, Montevideo.
La carátula fué ilustrada por Pierre Fossey*